Escándalo y pasión

El compromiso de Madeline con Dominic Stanton había terminado de manera terrible. Ella se marchó a los Estados Unidos junto a su madre, para tratar de recuperar los pedazos de su maltrecha dignidad. Ahora estaba preparada para volver y demostrar a todo el mundo que ya no era la impulsiva niña que ellos recordaban. Pero algunas cosas no habían cambiado: Dominic todavía era capaz de despertar en ella un deseo abrumador...

Capítulo 1

El cinturón de seguridad ajustado, el asiento derecho, aquella sensación en la cabeza que aparecía en la cabina al descender el avión. Y un ruido peculiar, sordo y monótono que anunciaba la llegada al Aeropuerto Heathrow en Londres. Y de repente, la ansiedad.

¿Estaba realmente preparada para aquello? ¡Vaya pregunta!, se recriminó con enfado. ¡Qué pregunta tan estúpida e inútil!

Por supuesto que estaba preparada. Y habría ido aunque no lo estuviera.

Nada podría impedirle asistir a la boda de Nina. Ni siquiera esa ansiedad que creía haber superado después de haber estado compartiéndola durante cuatro años.

Cuatro años, pensó con pesadumbre. ¿No habían bastado cuatro años de exilio para purgar su culpa? Cuatro años antes, era demasiado joven e inexperta para afrontar el dolor y la humillación. Entonces ella era su peor enemiga. Pero tenía cuatro años más, se recordó, era cuatro años más sensata y estaba mejor preparada para enfrentarse a lo que pudiera presentársele en Londres.

—¿Te encuentras bien?

Madeline se volvió hacia su compañero de viaje y le ofreció una sonrisa forzada. Perry se había invitado solo a aquel viaje y después de titubear un poco ella había aceptado su compañía; no estaba segura si por orgullo o cobardía. Orgullo porque quería demostrar a todo el mundo lo bien que se las podía arreglar sola. Y cobardía porque sabía que estaba utilizando a Perry como puntal para su nueva imagen.

Imagen que era la antítesis de la anterior. Perry, suponía ella, podría hacer el papel de una de sus últimas conquistas. Era uno de los Linburgh de Boston. El hijo mayor y heredero de la influyente familia. Y lo parecía, pensó ella con afecto mientras estudiaba su aristocrático perfil. Ella y Perry sostenían su relación desde hacía ya varios meses. Era una relación más amistosa que amorosa y que les convenía a los dos, pues ambos se estaban ayudando a curar las heridas de un compromiso roto.

Así que, cuando había llegado la carta de Nina suplicando a Madeline que asistiera a su boda, Perry se había ofrecido inmediatamente a acompañarla.

—¿Cómo es tu hermanastra? —le preguntó Perry de pronto—. Espero que no como las de Cenicienta.

—¿Nina? —Madeline soltó una carcajada—. ¡Oh, cielos, no!

De haber una hermanastra perversa sería ella misma, pensó con tristeza. Nina era un ángel.

Madeline era la única hija del primer matrimonio de Edward Gilburn, que sólo había durado seis tormentosos años antes de terminar en un sorprendentemente amistoso divorcio. Madeline, que tenía entonces cinco años, se había quedado en Inglaterra con su padre cuando su madre había decidido volver a vivir a Estados Unidos. Dee, su madre, nacida y educada en Boston, había tenido la sensibilidad suficiente para comprender que separar a Madeline de su padre hubiera sido poco menos que un crimen, ya que ambos se querían mucho. La madre de Madeline se había ido a Boston, donde Madeline la visitaba con cierta regularidad desde entonces.

Madeline tenía apenas ocho años cuando su padre le había anunciado que volvería a casarse y ella podía recordar todavía lo decidida que estaba a odiar a esa nueva competidora por el afecto de un padre. Entonces había aparecido Louise, una mujer encantadora. Y a su lado, Nina, la frágil y dulce Nina. Y la mimada y voluntariosa Madeline había quedado cautivada desde entonces.

Al recordar aquellos lejanos días, Madeline se preguntó por qué todos se habían mostrado tan sorprendidos por su capitulación.

Aquello había hecho especialmente dolorosa su ruptura con Dominic...

Dominic. El recuerdo de Dominic Stanton volvió a provocarle ese cosquilleo de ansiedad en la boca del estómago. Por su culpa ella había huido a Boston cuatro años atrás. Y, tuvo que admitir para sí, por él había decidido regresar.

Necesitaba disipar los fantasmas de un amor muerto mucho tiempo atrás.

Por fin salió de la aduana con el carro lleno de maletas y escudriñó con sus ojos azules un mar de rostros.

Madeline era una joven alta y esbelta. Estaba un poco pálida después de las horas que había pasado encerrada en un avión, pero nada empañaba su natural belleza. Llevaba el pelo recogido en un moño trenzado y, a pesar de la sencillez de su atuendo, sobresalía entre la multitud.

El hombre que caminaba a su lado armonizaba con ella. Su aire aristocrático y mundano desenfado eran evidentes.

—¡Madeline!

Madeline volvió la cabeza y se le iluminó la mirada al ver a su padre. Corrió hacia él y se abrazaron.

—Estás muy bien —comentó su padre—. Aunque no entiendo como lo consigues después de ese viaje.

Madeline sonrió.

—Siempre igual.

—Bien, ¿y dónde está ese joven del que tanto me ha hablado tu madre?

Madeline buscó a Perry con la mirada, y descubrió que estaba acompañado por un hombre alto de pelo oscuro que lo estaba saludando como a un viejo amigo.

—¡Forman! —exclamó ella.

Forman Goulding era primo de Perry y el encargado de los negocios de la familia en Europa.

Perry se hospedaría en casa de Forman durante su permanencia en Londres, y sólo iría a Lambourn los fines de semana para visitar a Madeline.

Después de las presentaciones de rigor, salieron del aeropuerto hacia el coche del padre de Madeline, Rogers, el chofer, estaba parado junto al portaequipajes para guardar las cosas de Madeline. Enfrente había un coche enorme que sólo podría pertenecer a Forman.

Perry besó a Madeline en la mejilla y prometió estar en Lambourn el sábado a la hora del almuerzo.

Una vez en el coche, Madeline preguntó cómo estaban todos por allí y oyó su respuesta mirándolo con afecto.

A los cincuenta y cinco años de edad, seguía siendo un hombre muy atractivo. Dominic lo había descrito cierta vez como un hombre arriesgado pero en compensación tenía una suerte endemoniada. Y era cierto. Su padre era un hombre que aceptaba riesgos en los negocios que habrían hecho palidecer de espanto a cualquier empresario medianamente sensato.

—¿Y cómo es ese Charles Waverley? —preguntó Madeline cuando su padre terminó de dar las noticias locales sin mencionar al prometido de Nina.

—Charles es perfecto para Nina —dijo su padre—. Es cariñoso y protector, que son las cualidades que todos esperábamos del hombre que se case con Nina. Creo que su matrimonio será feliz.

Madeline sintió un peso en el corazón. No era nuevo para ella sentir aquel agobio en el pecho cada vez que se hablaba de amor y matrimonio. El amor guardaba amargos recuerdos para ella, penosas experiencias que no desearía a su peor enemiga. El matrimonio implicaba compromiso. Una declaración de amor permanente. Había conocido el amor, pero no había tenido el coraje de aceptar el compromiso.

—¿Y Louise, cómo está? —preguntó luego.

—Muy bien —dijo su padre—. Tan guapa como siempre —añadió con satisfacción—. Y deseando tenerte en casa —concluyó él.

Madeline no lo dudó. Louise había sido una excelente madre durante sus años de formación. Y lo había hecho sin interferir en la relación de padre e hija y sin restar autoridad moral a Dee.

—Te ha decorado todo el cuarto. Ha dicho que a la nueva Madeline no le gustaría dormir en un cuarto color rosa lleno de encajes y adornos.

Madeline rió, pero en su interior experimentó una dolorosa sensación de pérdida. ¿La verían los demás como una extraña, alguien a quien tendrían que aprender a tratar? Tembló ante la idea. Sólo había madurado, era todo. Aunque un poco

tardíamente.

Mirándola de soslayo, Edward descubrió en las facciones de su hija más de lo que a ella le hubiera gustado revelar. Había estado muy preocupado por su hija cuando se había ido a Boston. Tenía que admitir que Dee se había portado muy bien con ella. Pero no podía decir que estaba muy contento con el resultado final de cuatro años de influencia sobre la joven.

¿Dónde estaba su efervescente vitalidad?, se preguntaba Edward con exasperación. ¿Ese salvaje y maravilloso amor a la vida que la hacía tan cautivadora a los dieciocho años?

Y no por primera vez, maldijo a Dominic Stanton por hacer necesario que su hija se pusiera en las manos de su madre.

—Nina temía que no vinieras —dijo Edward.

—¿Por Dominic? —Madeline no se andaba con rodeos y Edward sonrió para sí—. No sabía que teníais una imagen tan endeble de mí.

—No es así, hija, y lo sabes —su padre le apretó la mano con cariño.

—Lo que Dominic me hizo fue cruel. Pero lo que yo le hice fue imperdonable. Me costó un año reconocerlo —admitió la joven con una leve sonrisa.- Por cierto, ¿fuiste tú el que le aconsejó a mamá que no me dejara regodearme en mi pena?

La expresión de su padre lo delató y Madeline rió otra vez.

—Gracias, papi —se inclinó y lo besó en la mejilla—. Tu intuición rara vez falla, ¿verdad?

—Me falló en lo que se refiere a Dominic —dijo él. Había sentido respeto y simpatía por Dominic. Tanto que había propiciado desde el principio la relación de éste con su hija—. Nunca me podré perdonar por haber favorecido vuestra relación.

—En realidad no tuviste nada que ver en mi decisión, ¿sabes? —señaló Madeline. Y su padre sonrió porque sabía que cuando su hija quería algo de veras lo conseguía. Y había querido a Dominic, tanto que todavía le dolía recordarlo—. Simplemente no compaginamos. Y quizá deberíamos alegrarnos de habernos dado cuenta a tiempo. ¿Le va bien a Charles Waverley con su criadero de caballos de carrera? —cambió con habilidad de tema.

—Mucho. El ganador del Derby del año pasado era de sus establos.

Habría algunas caras de asombro en Lambourn en el futuro cercano, pensó Edward con tristeza al mirar la elegante máscara de sofisticación en la que se había convertido el rostro de su hija. Y sintió una súbita nostalgia por la época en la que era una gitanilla de pelo negro y ojos traviesos. Madeline practicaba con denuedo todos los deportes posibles. Y cuando se había convertido en una joven salvaje y caprichosa, hacía estragos entre los enamorados jóvenes que se rendían ante un par de maliciosos ojos azules y una espesa melena negra.

Dee había renunciado a los intentos de domarla. Enviaba cartas con Madeline después de algunas de las visitas de Madeline a Boston preguntando en su estilo tan típicamente sarcástico si Edward estaba criando a su hija como a una delincuente por alguna razón en particular. Pero incluso Dee reconocía que su hija atraía a los hombres

como la miel a las moscas. Madeline era como un potro salvaje, pero también sabía reírse de sí misma y no muchos podían hacer eso.

¡El tonto de Dominic no sabía reír! Si al menos lo hubiera hecho la fatídica noche del baile del club de campo, quizá Madeline no habría tenido que huir y quizá no estaría sentada en ese momento cerca de Edward, hablando con el terso aplomo de una mujer de sociedad.

Edward prefería a la otra chica, la que en ese momento estaría saltando, volviendo loco a su padre con las bromas que pensaba gastarle a sus amigos.

Pero quizá el tiempo mismo hubiera madurado a Madeline. Quizá Dominic sólo había acelerado un proceso natural...

No, Dominic era el que había enseñado a Madeline a pensar antes de actuar, a ocultar sus verdaderos sentimientos.

Cuando el coche se detuvo frente a la mansión campestre de piedra gris, Louise, Nina y un señor muy serio los estaban esperando al pie de una escalera de piedra.

Louise estaba igual que la última vez que Madeline la había visto cuatro años antes. Nina sí había cambiado. Estaba más guapa. Y ese debía ser Charles Waverley, decidió Madeline al volver su atención al único desconocido entre ellos.

Fue a él al que la joven sonrió primero. Lo hacía para mostrarle a Nina que recibía con beneplácito al hombre del que se había enamorado.

Madeline vio la mirada de incertidumbre que Charles le dirigió a Nina antes de volver a mirarla y también cierto asomo de alivio, como si acabara de aprobar una prueba terriblemente importante.

—¡Maddie! —Louise se adelantó para estrecharla en un abrazo—. ¡Es maravilloso tenerte en casa! ¡Estás distinta! ¡Tan elegante!

—Me alegro de estar aquí, Louise —sonrió Madeline—. Y tú no has cambiado nada.

—Hola, Maddie —Nina también la abrazó ahora—. ¿Nos has echado de menos?

—Todos los días —aseguró su hermanastra—. Y tú estás preciosa. ¿Tendrá algo que ver con el caballero que monta guardia detrás de ti?

Nina se sonrojó y se volvió.

—Te presento a Charles, Madeline —lo presentó con formalidad—. Y tenéis que gustaros, si queréis hacerme feliz.

Madeline miró a Charles a los ojos y le tendió la mano.

—Bien —dijo con sinceridad—. Me gustarás, Charles, si prometes cuidar mucho a Nina.

—Una promesa que no me costará ningún trabajo cumplir —sonrió él y le tendió la mano.

—Entremos, ¿queréis? —preguntó Edward—. Vamos, Charles, las mujeres son especialmente pesadas en estos momentos —tomó a Charles del brazo—. Vamos tú y yo a buscar una copa de algo mientras ellas parlotean.

Riendo, las tres mujeres los siguieron y procedieron a hacer precisamente lo que Edward había predicho: charlar sin cortapisas. O más bien, fueron Louise y Nina las

que hablaron, Madeline se limitaba a sonreír y a oír o hacer algún comentario Cuando se requería. Las otras dos no parecieron Botar su reserva.

«Ya pasará», se dijo Madeline. Era natural que se sintiera extraña con ellas después de cuatro años de separación. Ya volvería la vieja camaradería cuando se asentara otra vez.

Capítulo 2

Pero la vieja camaradería no había vuelto. Fue un alivio escapar. Madeline trotó con su yegua color castaño. Las nubes que la habían recibido al volver a Inglaterra ya se habían disipado, dejando brillar una enorme luna de abril en el cielo estrellado. No era tarde, solo las nueve, pero hacía frío, el suficiente para justificar la cazadora de piel que se había puesto encima del suéter.

Su decisión de dar un paseo a caballo sola había sido recibida con consternación, pero la habían dejado marchar, conscientes de que Madeline ya no aguantaba más.

Desde que había llegado, Madeline había empezado a sentirse como una enferma que había vuelto a casa para la convalecencia. Todos parecían andar a puntillas a su alrededor, esquivando temas que sin duda consideraban tabú, mirándola con cariñosa preocupación. La cena había sido una dura prueba, Madeline estaba tan tensa que había estado a punto de reventar.

Cuando los demás habían visto su expresión, la habían atribuido al cansancio del viaje.

-Por supuesto —había comentado su padre—. Lo que necesitas para volverte a sentir en casa es dar una vuelta a caballo —Louise había estado de acuerdo, mientras que Nina se había limitado a mirarla con sus enormes ojos.

Madeline apretó los labios. De modo que los había herido, pero no podía hacer nada todavía al respecto. Cuatro años eran mucho tiempo. Todos tenían que adaptarse a la nueva situación. Sobre todo ellos tendrían que acostumbrarse a la nueva Madeline.

La joven se entregó a la exaltación de la cabalgata mientras galopaba a través de la campiña. Cuanto más se alejaba de la casa, más relajada se sentía, como si la distancia debilitara los vínculos familiares que amenazaban con sofocar su corazón.

No sabía por qué se sentía así. Desde que había bajado del coche se había sentido tensa, casi acorralada por los recuerdos.

Al llegar al río desmontó para disfrutar la paz y tranquilidad del lugar.

La luna llena lo iluminaba todo, dando un mágico aspecto plateado al paisaje.

Después de soltar la brida para que Minty pudiera pastar, hundió las manos en su vieja cazadora y aspiró a fondo el aire fresco y limpio para soltarlo luego lentamente, sintiendo que con él, la tensión abandonaba su cuerpo. No era justo; sabía que estaba siendo injusta. Eran buenas personas, solo querían la felicidad para ella.

¿Pero cómo podía decirles que había olvidado lo que era la felicidad?

Suspirando, se acercó a un banco desde el que pudo escuchar el rumor del agua.

Al otro lado del río, oculta tras otra espesa arboleda, estaba la antigua mansión, oscura e intimidante. Su propietario, el mayor Courtney, era un viejo excéntrico que defendía celosamente su privada. En su alocada juventud, Madeline solía fastidiarlo escabullándose en su descuidado huerto hasta que él salía furioso blandiendo su fusil.

Madeline recordó con una sonrisa las travesuras de la Madeline adolescente.

El silencio estaba actuando como un bálsamo, disipando la tristeza que la embargara desde que había llegado a casa aquella tarde.

No había esperado que la presencia de Dominic estuviera tan poderosamente estampada en todo lo que veía.

—Maldito Dominic —murmuró.

—Un paso más y te caes al río —advirtió una voz apacible detrás de ella.

La luna se ocultó tras una nube solitaria. La oscuridad la envolvió de repente y la joven lanzó un grito sofocado.

Con el corazón oprimiéndole el pecho, sin aliento, se volvió, buscando con los ojos muy abiertos el cuerpo que correspondiera a aquella voz.

Otro caballo pastaba al lado de Minty. Y Madeline comprendió que estaba tan embebida en sus pensamientos que no había oído la llegada del jinete.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con voz trémula.

—¿Quién crees? —dijo una voz burlona.

Entonces, al captar aquel desenfadado tono burlón, la aterciopelada resonancia de la voz, el miedo se disipó y fue sustituido por otro sentimiento mucho más doloroso que la hizo apretar sus manos con furia.

Una alta figura masculina se apartó de la sombra de un árbol.

—Conque ha vuelto la hija pródiga.

—Hola Dominic —dijo Madeline; obligándose a parecer serena—. ¿Qué te ha hecho salir precisamente esta noche?

La luna volvió a brillar y la sonrisa de Dominic relució en su rostro.

—Lo mismo que a ti, supongo —contestó—. Hola, Maddie —respondió al saludo.

Madeline se apartó de él. Dominic y ella solían encontrarse en ese sitio con frecuencia. Era su lugar predilecto. Ella siempre llegaba antes, más anhelante que él, recordó con amargura. Y él surgía de la oscuridad para tomarla en sus...

Dominic la tocó en el hombro y retrocedió un paso, con nerviosismo, sintiendo la orilla del río ladearse peligrosamente bajo sus pies.

—¡Tonta! —gruñó Dominic, hundiendo los dedos en sus hombros y tirando de ella para llevarla a un lugar más seguro—. ¿Qué creías que iba a hacerte... a violarte?

¿Violarla? ¿Desde cuándo tendría que recurrir él a la fuerza con ella?

—Suéltame —masculló disgustada consigo misma porque incluso en ese momento, después de cuatro largos años, le bastaba mirarlo para que se le acelerara el corazón.

Dominic la seguía mirando con esa misma ávida intensidad. Era una cabeza más alta que ella y seguía exudando esa vigorosa sexualidad que siempre la ponía frenética

de deseo y que todavía tenía el poder de inquietarla.

Dominic la soltó.

—No te preocupes —dijo Dominic—. No tengo ninguna gana de tocarte.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella.

—He venido a verte, por supuesto —retrocedió un paso—. Cuatro años es mucho tiempo para no venir a ver a la mujer que me convirtió en espectáculo público.

¿Ella lo había convertido en espectáculo público? Madeline casi soltó una carcajada.

—Según recuerdo fue al revés —dijo con amargura.

—No desde mi punto de vista —gruñó Dominic. Después de una breve pausa, se explayó: —Fui humillado por una mocosa mimada que nunca tuvo consideración para nadie.

—Gracias —dijo Madeline arrastrando las palabras—. Me alegra saber lo que mi entonces prometido pensaba de mí.

—Tanto como yo me alegré al descubrir lo infiel que habías sido.

Madeline respiró y tuvo que apartar la mirada. No podía defenderse contra tan cruel acusación. Había demasiada verdad en ella.

Se hizo un tenso silencio entre ellos; ninguno sabía qué decir. Era asombroso como la antipatía seguía retumbando entre ellos como un tambor de guerra. Ya debería haberse apaciguado o al menos reducido a una mutua indiferencia, pero no era así. Y ese mismo encuentro podría haber sucedido la noche del baile en el club de campo por la forma en que ambos reaccionaban.

La luna pendía como una lámpara de plata sobre sus cabezas, delineando cada ángulo del atractivo rostro de Dominic.

—Cuatro años —murmuró Dominic—. Y sigues siendo la misma chiquilla cautivadora. Todavía más bella de lo que cualquier mujer debiera ser.

Madeline se volvió para apartarse de él, pero Dominic la agarró del brazo.

—Todavía no —masculló él—. No te me escaparás otra vez. Dime, Madeline... ¿Lo hiciste sólo para castigarme? ¿O fue simplemente que no te importaba?

—Tus preguntas llegan con cuatro años de retraso —replicó ella, alzando la barbilla en actitud desafiante.

Dominic parecía dispuesto a sacudirla con fiereza, pero de pronto, pareció pensar mejor las cosas.

—Tienes razón —dijo—. Cuatro años es demasiado tiempo para esperar una respuesta que en realidad no me interesa. ¡Pero lo que si quiero saber es si cuatro años en Boston han logrado convertir en mujer a esa chiquilla caprichosa a la que creía amar!

Madeline debería habérselo esperado, comprendió poco después. Debería haberlo adivinado en el súbito brillo de esos ojos penetrantes, en la tensión de su boca poco antes de posarse cruelmente sobre la de ella.

Paralizada por la estupefacción, no se resistió siquiera.

Cuando sus sentidos comenzaron a reaccionar ante el único estímulo que podía

despertarlos otra vez, empezó a resistirse, a forcejear.

¡Nunca más!, se dijo mientras luchaba con furia. ¡Nunca volvería a rendirse ante su propio deseo!

—Medio día en casa y ya no puedo... —mascullό Dominic mirándola con una mezcla de rabia y angustia.

Entonces volvió a besarla, sin concluir la frase. Alzó una mano para hundirla en la sedosa espesura de la melena de Madeline obligándola a mirarlo a la cara. Su otro brazo era una tenaza de acero ciñéndole la cintura, apretándola contra él.

Fue un beso interminable, cruel y castigador, pero Madeline sintió que perdía el control, perdiéndose en el vértigo del deseo compartido. Y de repente estuvieron besándose con frenesí, estrechándose con desesperación, perdidos en el torbellino del deseo que los unía en el pasado. Cuando él permitía que sucediera, cosa que no ocurría con frecuencia.

Madeline volvió a la realidad con aquel recuerdo y se zafó del beso con fiereza.

—Es curioso que hayamos terminado en este lugar en particular precisamente esta noche—murmuró Dominic contra la ardiente suavidad de la mejilla femenina—. Parece que todavía tengo esa antena especial en lo que a ti respecta. Creo que he presentido incluso el momento en el que has pisado suelo inglés.

De repente le cubrió con la palma de la mano el pecho y ella gimió.

—Basta —dijo con voz sofocada, tratando de apartarlo—. ¡Basta, Dominic... por favor!

—¿Por qué? —la provocó él—. ¡Te encanta!

Le dio un último beso furioso y luego la soltó de repente, dejándola aturdida y tambaleante.

—El próximo avión para Boston sale mañana—lo oyó decir con frialdad—. Si no te vas en él, Madeline, significará que estás dispuesta a quedarte y luchar esta vez, en lugar de huir como una cobarde.

Se fue a grandes zancadas y montó en su caballo antes de que ella tuviera tiempo de entender el significado de sus palabras.

Madeline había soñado muchas veces en enfrentamientos como aquel en los pasados cuatro años. Pero nunca había imaginado que Dominic fuera el que lanzara el ultimátum. Siempre había sido al revés.

¿Qué podía hacer? ¿Huir otra vez?

La idea ciertamente la atraía. Encontrarse con él de esa manera la había sacudido hasta la médula. Y saber que era tan vulnerable a él como lo había sido cuatro años antes la asustaba hasta el punto de hacerle considerar seriamente la posibilidad de volver a Boston antes de que pudiera herirla de verdad.

«Venganza», comprendió con ánimo sombrío al montar sobre Minty. Dominic le había advertido que se vengaría de la humillación recibida.

—Maldito seas, Dominic Stanton —mascullό la joven a la helada oscuridad—. ¡Vete al infierno!

Todavía lo estaba maldiciendo más de una hora después mientras recorría con nerviosidad su habitación.

Louise había mostrado su habitual buen gusto en la redecoración de la habitación, reconoció Madeline. Las paredes estaban pintadas de un color liso, los muebles correspondían más al cuarto de una mujer madura.

Madeline se sentó en el banco del tocador y se cepilló distraídamente el pelo. Estaba cansada; tenía ojeras y le pesaba el cuerpo. Sin embargo, sus piernas se negaban a estarse quietas, obligándola a seguirse moviendo cuando lo que deseaba era desplomarse a dormir.

Tenía suficiente experiencia sobre los efectos secundarios de aquel largo viaje para saber que le llevaría varios días reponerse. Pero no era el cansancio del viaje el que la agobiaba aquella noche. Era Dominic.

No había cambiado en absoluto. Seguía siendo alto, delgado y muy atractivo. Todavía tenía aquel encanto que siempre la había fascinado.

Todavía besaba divinamente.

Maldito Dominic, habría sido mejor que Dominic nunca la hubiera visto como otra cosa aparte de la mejor amiga de su hermana. Así no se habría convertido en el hombre amargado que había encontrado aquella noche junto al río.

Madeline había entrado y salido de su vida muchas veces antes de que él viera en ella a una mujer.

Antes de que ese momento llegara, Madeline tampoco veía en él otra cosa que el hermano mayor de su amiga. Dominic formaba parte del mundo de los adultos.

Después había llegado el cambio. Por ciertas circunstancias ella y Dominic se habían dejado de ver durante dos años. Y se habían vuelto a encontrar el día que Madeline cumplía los dieciocho años. Había sido uno de esos largos días de junio. Hacía tanto calor que Madeline y Vicky habían decidido holgazanear toda la tarde junto a la piscina.

Madeline se había puesto un traje de baño blanco y negro que había causado la envidia de su amiga.

—Deberían censurar esa figura —se había quejado Vicky.

—Las venus de bolsillo despiertan en los hombres el instinto protector —la había consolado Madeline, observando la menuda figura de su amiga también con su dosis de envidia. Al lado de Nina y Vicky, ella siempre se sentía como una amazona.

Acababa de meterse en el agua cuando otro chapoteo le había indicado que ya no estaba sola en el agua. Esperaba ver la cabeza de Vicky emerger a su lado y por eso se había sorprendido al encontrarse con un sonriente Dominic.

—¡Vaya, vaya! ¡Mira quién está aquí! —había susurrado sonriendo con malicia—. ¡Una verdadera ninfa acuática en nuestra piscina!

Aunque Madeline había atormentado a Dominic con sus bromas durante años, él no perdía ninguna oportunidad de darle a probar su propia medicina cuando estaba de humor para ello; y en ese momento estaba de humor.

—Calla —había dicho ella, agitando un dedo en señal de advertencia—. Recuerda

que las ninfas podemos echar sortilegios. Si me molestas te convertiré en sapo. Y entonces, ¿qué harán todas las bellas damiselas de Lambourn sin Dominic Stanton para poner a palpitar sus pobres corazones?

Madeline se había sumergido en el agua y le había agarrado el pie para hundirlo.

Al final, él la había obligado a soltarlo y los dos habían emergido a la superficie jadeando en busca de aire.

—Vaya, parece que no has cambiado, ¿eh? —había dicho él con voz sofocada.

Madeline había visto un brillo calculador en sus ojos, había lanzado un gritito y había empezado a nadar rápidamente, pero entonces Dominic la había atrapado por la cintura y la había alzado por encima de él, riendo de buena gana ante los vanos esfuerzos de la joven para zafarse.

Pero, de pronto, su mirada había cambiado; había mirado a la joven observando su reciente madurez, su involuntaria sensualidad, sus pechos agitados, los pezones erguidos contra la tela del traje de baño, la cabeza hacia atrás convirtiendo su pelo en una espesa cortina de seda negra y húmeda que se desparramaba en el agua detrás de ella.

Dominic masculló algo inaudible y Madeline dejó de forcejear para mirarlo con curiosidad.

Entonces se dio cuenta del cambio que había experimentado Dominic. Tenía los ojos entornados y estaba tenso. Lenta, muy lentamente la había bajado a lo largo de su cuerpo y ella había sentido la eléctrica respuesta cuando se habían rozado.

Dominic había curvado la boca con una sonrisa que disfrazaba su excitación. Pero no la había soltado de inmediato, sino que había empezado a acariciarla bajo el agua. Sin aliento, ella lo había permitido, mirándolo fijamente y con el corazón acelerado.

—¿Cuándo has vuelto? —la voz de Vicky había roto el hechizo, haciéndolos apartarse con una rapidez delatora—. Papá me había dicho que no volverías hasta mañana.

Dominic se había apartado de Madeline y en ese instante ella se sumergió bajo el agua, nadando con rapidez hasta poner toda la distancia de la piscina entre ellos.

—Terminé antes de lo previsto. ¿Cómo estás, cara de perro? —le había preguntado a su hermana mientras salía de la piscina.

Repentina y perturbadoramente consciente de su cuerpo, Madeline había tenido que hacer acopio de valor para salir del agua.

—Cena conmigo esta noche —le había susurrado Dominic más tarde.

Madeline había sacudido la cabeza, no estaba muy segura de si quería continuar lo que había iniciado en la piscina.

—Yo no...

—Por favor —Dominic la había agarrado por la cintura. El contacto había dejado paralizada a Madeline. Incluso Vicky había dejado de hablar, observando con creciente comprensión lo que estaba sucediendo entre su mejor amiga y su hermano.

—Sólo a cenar —había repetido él—. ¿Dónde está ese espíritu aventurero por el que eres famosa?

Bien, eso pertenecía al pasado, se dijo Madeline. Algo destruido por un hombre que se había vengado de una chica impulsiva de tal forma que la había curado al instante de muchas cosas. Pero sobre todo la había curado de su creencia de que el amor lo conquistaba todo. Y ya no creía en el amor.

Capítulo 3

Madeline llamó por teléfono a Vicky al día siguiente.

—¡Has vuelto! —fue la emocionada exclamación de su amiga.

—Eso creo —murmuró Madeline, con voz cansada—. Aunque no estoy segura de estar aquí.

—Estás cansada —reconoció Vicky— ¿Estás demasiado cansada para que nos veamos hoy?

—¿Quieres decir que tienes tiempo para mí? —bromeó Madeline—. Creí que tienes ciertos... compromisos que limitan tu libertad estos días.

—Ya te has enterado —gruñó Vicky—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Mi padre —dijo Madeline—. Está muy orgulloso de ti. Me ha dicho que te estás ganando un buen prestigio en el banco.

—Ya llevo más de un año siendo empleada del Banco Stanton —declaró Vicky con orgullo—. Dominic dice que yo... —se interrumpió bruscamente.

—¿Qué dice Dominic? —la instó Madeline en tono amable.

—Pues... dice que estoy muy sexy detrás del mostrador —farfulló Vicky.

—¿Por qué? ¿Le guiñas el ojo a los clientes? —bromeó Madeline, procurando disipar la tensión.

—Sólo a los hombres —rió su amiga, con alivio—. ¿Te apetece que nos veamos esta noche?

—Me temo que no va a ser posible —se disculpó Madeline—. Va a venir un amigo a comer.

—¿Perry Linburgh?

—¿Cómo te has enterado tan pronto?

—Ya sabes que aquí todo se sabe —dijo Vicky—. Incluso te lo podría describir mejor que tú misma. Nada menos que un Linburgh. Un apellido legendario. Te mueves en círculos muy exclusivos.

—¿Verdad que sí? —concedió Madeline y añadió en un arranque de inspiración— ¡Escucha, qué tal si vienes a almorzar el domingo con nosotros!

La sugerencia fue recibido con un silencio total.

—Es imposible —dijo Vicky con cierta frialdad.

—¿Por qué? —Madeline frunció el ceño.

—¿No lo sabes, Madeline?

—¿El qué?

—Los Gilburn y los Stanton no se llevan desde que tú y Dominic rompisteis

vuestro compromiso.

Louise entró en el cuarto cuando Madeline estaba colgando el auricular.

—¿Tu novio, querida?

—No —Madeline seguía con el ceño fruncido—. Era Vicky —luego miró a Louise—. ¿Es cierto que nuestras dos familias están enfadadas desde hace cuatro años?

—Oh, cielos —suspiró Louise y se sentó al lado de Madeline en sofá—. Me preguntaba cuándo te enterarías.

Madeline se puso de pie bruscamente.

—¡No puedo creerlo!

—Ni yo podía creerlo cuando comenzó —dijo Louise—. Los hombres son tan infantiles a veces, Madeline —suspiró—. Y estuve advirtiendo a tu padre que pusiera fin a la rencilla antes de que volvieras a casa. Pero se niega a escuchar. Culpa a James Stanton por todo, después de a Dominic, claro. Y supongo que James culpa a tu padre, por tu culpa. ¿Estoy siendo demasiado sincera, querida? No quiero molestarte con esto, pero es un problema que debías conocer.

—¡Dios santo! —explotó Madeline—. ¡Es ridículo!

—Estoy de acuerdo contigo —asintió Louise—. Pero es un hecho y hay que afrontarlo. Y no me gustaría que les hablaras a los Stanton esta noche en casa de los Lassiter y ellos te hicieran la grosería de no contestarte.

—¿Quieres decir que serían capaces de hacer eso?

—Si no te crees capaz de afrontar la situación todavía, entenderíamos que prefirieras no asistir...

—Ah, claro que asistiré —le aseguró Madeline—. ¡Y no penséis ni por un segundo que voy a participar en vuestra absurda rencilla!

—Sabía que dirías eso.

—¿Significa esto que los Stanton no han sido invitados a la boda de Nina? —preguntó y vio la respuesta reflejada en el rostro de Louise—. ¡Vicky es mi mejor amiga! —exclamó—. ¡Las tres... Nina, Vicky y yo pensábamos ser las damas de honor en la boda de cada una!

—Lo siento, querida.

—¡Pues espero que lo sientas de verdad! —espetó Madeline, lanzando llamas por los ojos—. ¡Por primera vez me alegro realmente de haber vuelto! Es hora de poner fin a esa tontería. ¡Y puedes decirle a papá que voy a conseguirlo!

—Puedes decírselo tú misma, Madeline —dijo Louise y se puso de pie—. El tema es tabú entre tu padre y yo. La solución del problema depende de ti, querida —puso una mano sobre el hombro de la joven—. Puesto que en principio has sido la causa.

Necesitaba hablar con Vicky. Y urgentemente. Tomó el teléfono y marcó el número de la casa de los Stanton.

Por suerte, contestó Vicky.

—He cambiado de opinión respecto a tu invitación de hoy —dijo Madeline—. ¿A qué hora comes normalmente?

Madeline montó sin muchas ganas en el ascensor del Banco Stanton. Pero le había parecido lógico encontrarse con Vicky en su lugar de trabajo.

Cuatro años antes no le habría importado su aspecto. Solía ponerse lo que le apetecía y no lo que considerara adecuado para la ocasión. Pero la nueva Madeline cuidaba cada detalle de su vestimenta y cada gesto para adecuarlos a su posición social.

Aquella chiquilla impetuosa que había huido cuatro años atrás había vuelto dispuesta a demostrar algo. Había comenzado con su familia y pretendía continuar enfrentándose a la gente que más le había herido. Los Stanton, en particular, excepto Vicky, pero muy en especial a un Stanton al que haría tragar las amargas palabras que le había lanzado hacía cuatro años; aunque la hubiera desconcertado un poco su inesperado encuentro de la noche anterior.

Y pensaba hacerlo acabando con la rencilla que había entre sus familias.

Las puertas del ascensor se abrieron y ella salió con paso grácil hacia el lujoso vestíbulo, deteniéndose sólo por un momento para recobrar el aplomo cuando fue asaltada por antiguos recuerdos.

En otra época, ella andaba por allí como por su casa y pasaba con desenfado ante la consternada recepcionista de turno para entrar sin llamar a la oficina de Dominic.

En ese momento sería incapaz de hacer algo así.

Madeline dirigió una rápida mirada a varias puertas cerradas de las oficinas privadas de los directores, la de James Stanton estaba en el centro, la de Dominic a la derecha y el resto pertenecían a los miembros menores de la poderosa familia.

—Tengo una cita con la señorita Stanton —informó Madeline a la sonriente recepcionista—. Soy Madeline Gilburn.

—La señorita Stanton la está esperando —sonrió la empleada—. Si quiere sentarse un momento por favor, le avisaré.

Pero la recepcionista no tuvo oportunidad de decirle a Vicky nada, porque en ese momento una de las puertas que daban al pasillo se abrió y Victoria Stanton salió y se detuvo de repente al ver a Madeline allí.

—¡Maddie! —exclamó Vicky, volviendo a la realidad con un azorado parpadeo—. ¡Dios mío! —jadeó—. Eres tú, ¿verdad? —después, antes de que Madeline pudiera decir nada, su amiga corrió a estrecharla en sus brazos—. ¡Oh, estás preciosa! ¡Te he echado tanto de menos! —plantó un beso en la mejilla de Madeline y luego se apartó para observarla.

—¡Dios mío, pero cómo has cambiado! —exclamó—. Estás tan, tan...

—¿Madura? —aportó Madeline en tono solemne—. Tú también —sonrió—. Eres el prototipo de ejecutiva con ese traje sastre a rayas.

—Es como el uniforme de trabajo —le explicó Vicky—. Hecho especialmente para...

—Judith, ¿qué sabes de...?

El silencio cayó como una piedra. La excitación de Vicky se apagó mientras se volvía a mirar a su hermano, que miraba fijamente a Madeline.

Madeline no se atrevía a respirar.

Encontrarse con él a la luz de la luna era muy distinto a encontrarlo allí, a la luz del día, donde no había nada que matizara el efecto que ejercía sobre sus sentidos.

Cuatro años, pensó ella con desesperación, cuatro años tratando de curar las heridas, de tratar de superar la humillación, de nada habían servido.

—Hola, Dominic —dijo, obligándose a parecer tranquila—. Tienes muy buen aspecto.

—Madeline —la saludó él, recorriéndola con mirada sorprendida, como si no pudiera creer lo que veía—. Tú también...

—M... Maddie me ha invitado a comer —intervino Vicky con una voz tan aguda que bordeaba la histeria.

—Todavía no piensas irte a Boston —dijo Dominic arrastrando las palabras entre el nervioso parloteo de su hermana.

Entendiendo de inmediato la indirecta, Madeline alzó la barbilla en discreto desafío.

—Llegué ayer, no tengo por qué volver tan pronto, ¿no crees? Aunque... cuando Inglaterra comience a aburrirme, volveré... a casa.

—Creía que... que hoy ibas a estar fuera —terció Vicky nerviosa—. Dijiste que... que estarías todo el día fuera en... en una reunión o algo...

—Cambié de idea —dijo Dominic, sin apartar los ojos de Madeline—. Y me alegro de ello. Una Gilburn en nuestro banco otra vez; vaya sorpresa, Vicky. ¿Cómo lo has conseguido?

Madeline decidió que ya era hora de terminar con aquella absurda situación. Miró a Vicky a los ojos.

—Perderemos nuestra mesa si no nos vamos ya—dijo con suavidad.

Con un silencioso «Oh», Vicky se volvió y se dirigió a su oficina. Un momento después volvió a salir con su bolso.

Con el aplomo que su madre le había enseñado, Madeline sonrió con amabilidad a la desconcertada recepcionista, se despidió de Dominic con una inclinación de cabeza y se volvió hacia el ascensor, ignorando la mirada furiosa de Dominic.

—¡Santo cielo! —Vicky se apoyó con languidez en la pared del ascensor—. ¡Ha sido espantoso!

—Un poco... desagradable —concedió su amiga sin inmutarse.

—¡Es un patán arrogante! —gruñó Vicky—. A veces quisiera...

—Me ha tomado por sorpresa, eso es todo—dijo Madeline.

—¡Que sorpresa ni que nada! —espetó Vicky—. Sabía que ibas a venir hoy aquí... ¡yo se lo dije!

Durante el almuerzo, estuvieron hablando de la rencilla entre las dos familias.

—Es curioso —dijo Vicky—. No parecen oponerse a que tú y yo sigamos siendo amigas. Pero mi padre no quiere saber nada del tuyo y viceversa —hizo una mueca—. Eso ha dificultado mi vida en estos últimos cuatro años. No me atrevo a hablarle a nadie de tu familia porque eso molestaría a los míos, pero no puedo ser grosera con

gente que siempre ha sido cariñosa conmigo.

—¿No se te ocurre ninguna forma de poner fin a todo esto? —preguntó su amiga con ansiedad. Vicky sonrió con cinismo.

—No a menos que tú y Dominic quisierais volver... no —se apresuró a decir—. No lo he dicho en serio... él se arrepintió después, ¿sabes? Quería verte, pero...

—No quiero saberlo.

—Estaba avergonzado de sí mismo. Él...

—¡Vicky!

—Está bien... está bien. Yo sólo quería entenderlo, eso es todo. Pero no lo he entendido nunca. Nadie lo ha entendido.

—Sólo teníamos que entenderlo nosotros —declaró Madeline, tajante—. ¡Con todo, se ha convertido en un asunto de las dos familias!

—Todos se dolían por sus respectivos vástagos, ¿no lo comprendes, Madeline? Cuando te fuiste a Boston, dejaste a todo el mundo destrozado. Incluso Dominic se fue durante seis meses a la sucursal del banco en Australia. Cuando volvió nuestros padres discutieron de tal forma que no fue posible tranquilizarlos.

—¿Lo intentó Dominic? —preguntó Madeline con sarcasmo.

—¡Claro que lo intentó! —Vicky saltó en defensa de su hermano—. ¡Todos lo hemos intentado! Incluso Nina.

—¿Cómo? —preguntó Madeline.—Insistió en que nos invitaran a su boda. Según parece, tu padre dijo que le parecería muy bien que yo fuera dama de honor de Nina... pero que el resto de la familia podía irse al cuerno.

—¿Y Nina te lo ha contado?

—¡Claro que no! Fue Annie, tu ama de llaves, se lo dijo a la nuestra, Clara.

—¡Menudo lío!

—De cualquier manera, yo no iba a poder ser dama de honor de Nina si no invitaban a mi familia.

Un verdadero embrollo y Madeline no veía la forma de solucionarlo. Era injusto que Vicky tuviera que ser la que pagara. Madeline quería que su amiga fuera a la boda de Nina, pero entendía que si asistiera sería una deslealtad hacia su propia familia.

Era un dilema para el que Madeline todavía no había encontrado respuesta cuando volvía a casa esa tarde. Y por primera vez consideró con seriedad la posibilidad de llamar a Dominic para ver si a él se le ocurría una solución.

De modo que no le sorprendió mucho que él la llamara.

Capítulo 4

—Tenemos que hablar. Cena conmigo.

—¿Q... qué has dicho?

—Que cenes conmigo —repitió él—. Tenemos que hablar.

—¿Cómo te atreves a llamarme aquí? —murmuró ella, mirando furtivamente a su

alrededor.

—¿Cuál es el problema? ¿Te va a regañar tu papá si se entera de que te he llamado?

—Quizá —Madeline hizo una mueca.

—No tocaría uno solo de tus lindos pelos, y lo sabes —fue la sardónica réplica—. Ahora, respecto a la cena...

—No puedo —dijo la joven bruscamente—. En realidad no quiero cenar contigo.

—En realidad, me temo que ni tú ni yo tenemos alternativa. Por lo menos si no quieres que Vicky siga sufriendo por culpa de la boda de Nina.

—Está bien, acepto que hay que hacer algo y quizá tú y yo seamos los únicos que podamos hacerlo —concedió Madeline—. Pero no quiero tener otro enfrentamiento contigo, Dominic.

—¿No? —murmuró él—. Qué pena. Solíamos divertirnos tanto insultándonos...

—Pues ya no —dijo la joven con frialdad.

—Entonces, ¿cuándo nos vemos?

—La próxima semana. Hoy es viernes y voy a estar ocupada todo el fin de semana.

—¿El asunto Lassiter?

—Sí. El asunto Lassiter.

—Podríamos vernos allí —sugirió Dominic—. ¿Qué te parece?

—Lo siento, pero iré acompañada.

—¿Por quién?

—Por Perry Linburgh. Un amigo que vino conmigo desde Boston.

—Ah. El hijo y heredero de Byron Linburgh —dijo él con cierta ironía—. Parece que te mueves en círculos importantes, ¿eh?

—Así es.

—Bien. Entonces cenaremos juntos la próxima semana —dijo Dominic.

—Cenar no —rehusó ella—. No creo que sea...

—Entonces comeremos, en Londres.

—No —Madeline se mordió el labio inferior—. Dominic, yo...

—Una copa, entonces. Tomemos una copa en Newbury alguna noche y...

—Dominic —lo interrumpió ella—. Debes comprender que no conviene que nos vean juntos.

—¿Por qué? ¿Qué hay de malo que te vean conmigo?

—Lo que quiero decir es...

—Escucha —masculló su interlocutor—. Nos veremos, Madeline, sin tapujos, para cenar alguna noche o iré esta noche a verte a tu casa. ¿Qué prefieres?

Madeline suspiró.

—Cenaremos juntos entonces.

—¿Dónde?

—En Newbury... no —estaba demasiado cerca de casa—. Tengo que ir a Londres el miércoles de la semana que viene. Al menos, allí hay menos posibilidades de que nos

reconozcan.

—Estoy dispuesto a encontrarme contigo en cualquier parte y delante de quien sea —dijo Dominic—. ¿Desde cuándo te preocupa tanto tu reputación?

—Me bastó una lección, Dominic.

—Pensé que cuatro años habrían bastado para curar tu rencor.

Perry llegó el sábado en un flamante deportivo rojo. Madeline lo recibió en el camino particular con un abrazo.

—Qué agradable recibimiento —sonrió él—. Pero me pregunto por qué tanta efusividad.

—Oh... —Madeline se encogió de hombros—. Me alegro de verte... he tenido tantas presiones por aquí. Todavía me siento como una extraña después de tanto tiempo de ausencia.

—Bien —dijo él—. Síguete sintiendo así. Así no te tentará quedarte.

—¿Por qué? —murmuró ella provocativamente—. ¿Me echarías de menos?

—Sabes que sí —la estrechó contra él.

—¿Y qué me dices de Cristina? Estoy segura de que no le gustaría verte volver conmigo del brazo.

—Cristina sabe lo que siento.

Madeline sabía que Perry la usaba como coraza contra la bella pero muy caprichosa Cristina van Neilson. Cristina era una rubia y aristocrática belleza que contaba con los millones de su padre para tener lo que se le antojara.

Y se le había antojado Perry. Pero lo quería tener de acuerdo a sus propias condiciones y entre ellas se incluía que Perry no trabajara cuando ella lo necesitara. Perry tenía un sentido demasiado arraigado de la responsabilidad para aceptar semejante condición. Como ella no había querido ceder en ese punto, Perry había cortado con ella, a expensas de su corazón.

—Entonces, ¿no ha aceptado Forman la invitación de mi padre de venir contigo? —Madeline cambió discretamente de tema.

—Está en Bruselas —informó Perry—. Quizá pueda convencerlo para que venga el próximo fin de semana.

—Ojalá —dijo Madeline sin mucho entusiasmo.

—¿Ojalá? —bromeó Perry—. ¿Es que comienza a gustarte?

—No es mi tipo —aseguró—. Demasiado grande y gruñón para mi gusto. Prefiero quedarme contigo, si no tienes inconveniente.

—No tengo ningún inconveniente —sonrió Perry, dándole un beso en la mejilla—. Pero ten cuidado si viene Forman —la advirtió—. Es un tenorio consumado.

—¿Ah, sí?

—Su lema es: amar a una sola es peligroso.

Madeline lo llevó a casa y se lo presentó a su familia. Después de que hablara durante una hora de negocios con su padre, alabara a Louise por su bella casa e hiciera que Nina se ruborizara por sus amables piropos, toda la familia estuvo dispuesta a

considerarlo un tipo estupendo.

Madeline se vistió con esmero para enfrentarse a la sociedad de Lambourn con su nueva imagen. Cuatro años antes se vestía como le daba la gana, sin importarle hacer el ridículo; pero ya era diferente. Tenía que borrar en la mente de todos el recuerdo de la humillación que había recibido en su última aparición pública.

Así que aquella vez se vistió de negro. Era un vestido largo cuyo único adorno era un cordón de seda color burdeos que se ceñía a su cintura.

Se puso rubíes oscuros en las muñecas y las orejas y un collar de las mismas piedras.

Se calzó con unas sandalias negras de satén y luego se volvió para observar el resultado en el largo espejo del tocador. Llevaba el pelo recogido en un moño alto para lucir los brillantes rubíes. Estudiándose a sí misma, Madeline vio lo que quería ver, la total antítesis de aquella chica exuberante que todos recordarían.

—¡Caramba! —exclamó su padre cuando Madeline entró en la sala—. ¿Esta es mi hija? —todos los demás la miraban con asombro. Excepto Perry, que no podía entender la causa de tanto asombro.

—Perfecto, querida —se acercó a ella con una sonrisa—. Dee estaría orgullosa de ti esta noche si pudiera verte.

—Gracias —murmuró ella. Perry siempre sabía que decir para tranquilizarla—. Estás muy guapo tú también, Perry.

—Gracias, *madame* —dijo él con una exagerada reverencia y mirándola con ojos brillantes.

A pesar de que había intentado disimularlo, su familia debía haberse dado cuenta de lo nerviosa que estaba, reconoció Madeline horas después cuando la fiesta estaba en su apogeo.

—Todos te quieren mucho, ¿verdad? —comentó Perry. Ella se volvió y le descubrió observándola con expresión grave—. Tienes una familia maravillosa. Cada uno de ellos, incluido tu cuñado, se han turnado para acompañarte... No hay una sola persona aquí esta noche que no te haya mirado en un momento u otro con incredulidad —volvió a mirarla con curiosidad—. Y me pregunto por qué te miran como a una muy impredecible sustancia explosiva en la que no se atreven a confiar, por serena y apacible que parezcas. He oído mencionar varias veces el apellido Stanton y he oído también algunos comentarios sobre Boston. Incluso he oído mi nombre pronunciado con una especie de reverencia deliciosa. ¿Por qué? ¿Se suponía que debía aparecer aquí esta noche el hombre con el que estuviste comprometida?

Madeline dejó vagar la mirada por el salón.

—Los Stanton tenían un... compromiso —se volvió hacia su acompañante, y añadió en tono seco—: La ruptura entre Dominic y yo no fue muy amistosa.

—¿Estuviste comprometida con Dominic Stanton? —el asombro de Perry la hizo sonreír— Nunca te había preguntado su nombre, ¿verdad?

—Supongo que debería haberte advertido lo que podrías esperar esta noche aquí, pero... —Madeline suspiró—. Creo que haberte explicado todo hubiera sido como

admitir que la pesadilla que vivía hace cuatro años todavía no había terminado.

—¿Hiciste alguna escena? —preguntó Perry con perspicacia.

—Fue una escena lamentable y vergonzosa —admitió Madeline—. Desde entonces nuestras familias no se llevan muy bien.

—¿Y toda la gente que está aquí reunida espera que aparezcan de repente los Stanton?

—¿Tú qué crees?

—Creo que la casa está llena de alimañas —dijo Perry en tono sombrío.

—Aunque te cueste creerlo, Perry, tienen derecho a esperar líos cuando ando cerca. Y para ser justa con los Stanton, su ausencia no es un desprecio hacia mí, sino una forma de evitar una situación potencialmente engorrosa.

—Ya lo he conocido, ¿sabes? —dijo Perry de repente, estudiando la expresión de sorpresa de la joven—. Una vez y brevemente, el otro día en la junta bancaria. Parece todo un hombre.

—Dominic siempre ha sido el clásico hombre de negocios —admitió Madeline.

—No me refería a su faceta de hombre de negocios, querida.

—¿No?

—No —Perry miró a su acompañante con perspicacia—. Hay música en el otro salón. Bailemos.

—¡Estupenda idea! —exclamó ella, permitiéndole que la tomara del brazo. ¿Sabes? —dijo arrastrando las palabras con cierto desdeñoso—. Podría aburrirme con estos provincianos si me quedo entre ellos demasiado tiempo.

—Esa es mi chica —Perry le palmeó la mano—. Demuéstrales lo sofisticada que eres.

—Me conoces demasiado —gruñó ella.

—Y tú, mi querida Madeline, ocultas demasiado.

—Prometo ponerte al tanto más tarde —juró la joven cuando comenzaban a bailar.

Cuando volvieron a la casa y todos se fueron a dormir y los dejaron solos, Perry la instó a cumplir su promesa. Madeline suspiró, se preguntó por dónde empezar y luego se decidió a hablar. Cuando terminó su relato, Perry estaba pálido de ira.

—¡El muy canalla! —masculló.

—No —protestó Madeline—. Me merecía todo lo que recibí —aspiró a fondo y luego soltó el aire—. No tienes idea de la clase de persona que era yo entonces. Una niña mimada y cabezota. Creo que llevé a Dominic al borde de la locura varias veces antes de que terminara por explotar. Nadie podía controlarme cuando se me metía una idea en la cabeza. Era un peligro para mí misma y para quienes me rodeaban. No culpo a Dominic por lo que me hizo esa noche. Me lo tenía bien merecido. Sólo me puso en mi lugar; eso es todo.

—¡Tonterías! —objetó Perry—. Eras joven e irresponsable, pero eso no fue excusa para humillarte.

¿Cómo podía Perry entender como habían sido las cosas si lo único que podía ver

era a la nueva Madeline, tranquila y controlada?, se preguntó Madeline mientras yacía despierta en la cama más tarde esa noche.

Tampoco le había contado nada sobre las presiones menos obvias que ella y Dominic habían tenido que soportar. Desde que habían empezado a salir juntos, habían sido alentados por el entusiasmo de sus familias por una unión duradera.

Era como si estuvieran bajo la constante vigilancia de sus familias y amigos. Dondequiera que fuesen siempre parecía haber alguien dispuesto a vigilar cada gesto del uno hacia el otro.

Se habían comprometido al mes de su primera salida a cenar y casi no había habido una sola persona en Lambourn que no estuviera deseando celebrarlo con ellos.

Quizá si los hubieran dejado solos para permitir que su relación se desarrollara a su propio ritmo las cosas no se habrían desbocado. Pero Madeline se había entregado a todo ello con el mismo entusiasmo de los demás. Sólo Dominic parecía tranquilo. Más que nada, la situación parecía divertirlo, accedía a la loca afición de Madeline por las citas secretas y subrepticias, encontrándose con ella cerca del río para compartir tiernas caricias, besos suaves y leves escarceos, pero cada vez que las cosas parecían salirse de control él se apresuraba a ponerles coto, dejándola con una creciente inquietud y frustración.

Madeline sabía que la deseaba, pero el control que su novio tenía sobre sí mismo la enfurecía, incitándola a tratar de seducirlo. Aunque Dominic había comenzado a revelar grietas en su severo autocontrol, había seguido resistiéndose hasta que la tensión que había entre ambos se había convertido en constantes disputas y discusiones y Madeline abrigaba la sospecha de que Dominic se había sentido aliviado en realidad cuando había tenido que ir a Bonn en un largo viaje de negocios.

La noche que debía volver era la misma que toda la familia pensaba ir a ver en el West End una comedia musical de mucho éxito. Y Madeline se había visto en la inusitada situación de tener a Dominic todo para ella sola durante toda una noche.

Dominic había llegado a casa dispuesto a pasar una noche a solas con su prometida. Y había descubierto que lo esperaba una sorpresa.

Capítulo 5

-¿A qué diantres juegas viniendo a abrir vestida así? —el recuerdo de aquella pregunta de Dominic hizo que Madeline se estremeciera incluso cuatro años después.

—¿No te gusta? —cubierta con una camisa de su padre y unas bragas de encaje y nada más, creía estar más seductora que Mata Hari.

—Ve a vestirte —le había ordenado su novio. En lugar de obedecer, ella se le había acercado y le había rodeado el cuello con los brazos.

—¿No le vas a dar un besito a tu prometida?

—Madeline...

—No te preocupes —había susurrado la aprendiz de Mata Hari—. Estamos

completamente solos —y había silenciado las protestas de su prometido con la boca, tomando la iniciativa y besándolo con una pasión acumulada durante semanas.

Dominic le había devuelto el beso con desgana, pero ella había entreabierto los labios para que pudiera hacer más profundo el beso. Todavía podía recordar el placer que había sentido cuando Dominic la había abrazado convulsivamente.

Dominic la había alzado en brazos y ella se había estrechado contra él, sin despegar su boca de la boca masculina mientras él la llevaba escaleras arriba. El retumbar del corazón de Dominic contra su pecho, los jadeos de su agitada respiración, el fiero contacto de sus manos, todo había contribuido a que ella no sospechara siquiera lo que Dominic intentaba en realidad.

Estaba tan embriagada con su propio triunfo que no se había dado cuenta de nada.

Habían llegado a la habitación. Dominic la había sentado en la cama y antes de que ella pudiera darse cuenta de lo que estaba sucediendo la había vuelto de espaldas y le había dado una buena tunda en el trasero.

Sordo a sus gritos de indignación, Dominic se había acercado a la puerta después del castigo.

—Hace años que te merecías eso. ¡Eres una chiquilla mimada y sin principios! ¡Y comienzo a preguntarme si no estoy loco para querer casarme con una descarada ingobernable como tú! ¡Eres una maniaca sexual!

¡Maniaca sexual!

—¡No me casaría contigo aunque fueras el último hombre sobre la tierra! —había gritado ella, tan furiosa de dolor y humillación que apenas podía respirar—. ¡Y no volverás a tener otra oportunidad de ponerme un dedo encima, bruto! ¡Te odio, Dominic Stanton... te odio!

—Puedes venir mañana a pedirme disculpas —le había dicho.

Madeline había perdido entonces los estribos.

—¡Antes ardería en el infierno! —se había quitado bruscamente el anillo de compromiso—. Necesito un verdadero hombre en mi vida. ¡No un viejo incapaz de responder con pasión!

Dominic siempre había sido muy susceptible a la diferencia de edades entre ellos. Al sentir que algo le golpeaba la espalda, Dominic se había detenido y se había vuelto lentamente, bajando la mirada hacia el anillo que estaba a sus pies.

—Te lo advierto, Madeline. Discúlpate antes de que esto ya no tenga remedio.

Pero Madeline, demasiado furiosa para escuchar, demasiado humillada para que le importara, no había podido contener las amargas palabras que habían brotado de sus trémulos labios:

—Y yo te advierto a ti: ¡En cuanto pongas un pie fuera de esta casa tendré a alguien que te reemplace antes de que llegues a la tuya!

—¿Ah, sí? —había preguntado Dominic, arrastrando las palabras y con un brillo salvaje en los ojos—. Ya sabes donde encontrarme, Madeline... y eso cuando estés dispuesta a disculparte —se agachó, se guardó el anillo en el bolsillo y se fue.

—¡No me disculparé! ¡Lo he dicho de verdad!

—Yo también —lo había oído mascullar antes de que se perdiera de vista.

A la hora Madeline tenía la casa llena de amigos, entregándose a la alegría de la fiesta acicateada por su espíritu desafiante.

Quizá, por la mañana, se había dicho, el enfado habría desaparecido. Quizá, si hubiera logrado aplacar a los terribles demonios que la corroían por dentro, podría haber ido con humildad a pedir perdón a su prometido. Pero las cosas no habían sido así. Había sido Dominic el que había tomado la iniciativa de volver esa noche, él que había entrado en casa de los Gilburn cuando terminaba una fiesta que habría escandalizado incluso a la familia de la joven, acostumbrada y resignada ya a sus locuras.

La puerta no estaba cerrada, de modo que Dominic sólo había tenido que empujarla para entrar a la sala mortecinamente iluminada. Había encendido la luz y había visto una docena o más de caras azoradas que se volvían hacia él y a Madeline recostada en un sofá con un joven, el rostro enrojecido y la boca hinchada por los besos de otro hombre. Dominic la había mirado fijamente durante unos segundos, luego se había vuelto sobre sus talones y había salido de la casa.

Madeline había corrido tras él, sabiendo que aquella vez había ido demasiado lejos. Lo había alcanzado en su coche y allí, con el negro Ferrari entre ambos. Dominic la había destruido verbalmente.

Cuando su familia había vuelto a casa, la habían encontrado sumida en el abatimiento y había tenido que hacer urgentes pesquisas para averiguar lo sucedido.

Su conciencia no le permitiría a Madeline dejar las cosas así. Había tratado de localizarlo por teléfono, pero le habían dicho que Dominic había salido y que no le esperaban hasta la noche del baile del club de campo.

A los pocos días, todo el mundo en la comarca sabía que Madeline Gilburn había sido pillada por Dominic Stanton en brazos de otro hombre. El escándalo había sido sensacional. Ella no se atrevía a salir de su casa por temor a las miradas de reprobación. A los ojos de todos, se había comportado de manera abominable.

—Espera hasta el baile; entonces estará dispuesto a escucharte —le habían aconsejado quienes la querían—. Te quiere, Madeline. Dominic volverá contigo a la larga.

De modo que Madeline había pasado la siguiente semana viviendo para la noche del baile, sabiendo que Dominic tendría que estar allí.

Quizá si Vicky hubiera estado en casa para aconsejarle sensatez, Madeline no se habría metido en la boca del lobo. Pero su amiga estaba en la universidad, de modo que no estaba al tanto de la situación en que se había metido su amiga.

Llegó la noche del baile y Edward Gilburn había observado con inquietud a su hija cuando ella había bajado las escaleras vestida como una princesa con un vestido de seda color amarillo pálido. Llevaba un corpiño en forma de corazón, que curvaba la sensual turgencia de sus pechos y realzaba su estrecha cintura. Y la falda larga era una delicada ondulación de capa tras capa de chifón de seda fina. Se había dejado el

pelo suelto de modo que caía en brillantes ondas alrededor de sus hombros.

Habían sido unos de los últimos en llegar al baile. Y lo primero que Madeline había visto había sido a Dominic bailando con una hermosa rubia vestida de rojo.

Los celos la habían desgarrado. La tensión se respiraba en el ambiente. Todos esperaban una escena espectacular de Madeline, esperaban con morbosa deleitación que desafiara a Dominic en pleno salón de baile.

—No te preocupes —le había susurrado la joven a Nina, que la miraba con preocupación—. No voy a hacer nada.

Y no había hecho nada. Ignorando la tensión que la acompañaba por donde iba, se había confundido entre la gente, había hablado con todos, había sonreído mucho y se había obligado a ir a saludar a los padres de Dominic, que también se habían comportado como si nada especial hubiera sucedido.

Poco a poco había ido cediendo la tensión y la joven había seguido circulando con la despreocupada inocencia de una bomba sin explotar. En todo momento, su atención estaba fija en Dominic; dónde estaba, qué estaba haciendo... el corazón le palpitaba de manera errática.

Por tanto había suspirado con infinito alivio cuando al cabo de una espantosa hora, Dominic se había acercado a ella y la había invitado a bailar.

Madeline se había refugiado en sus brazos sin decir palabra.

—Estoy bailando contigo porque mi padre me lo ha pedido para evitar el escándalo —le había dicho Dominic con aspereza—. Así que no veas en esto lo que no hay.

—Te amo, Dominic.

—¡No tienes la menor idea de lo que es amar! Lo nuestro se ha acabado, Madeline. Así que por una vez en tu vida sé buena chica y no hagas una escenita... por el bien de nuestras familias.

—¿No me dejarás pedirte perdón? Me porté como una idiota la otra noche, pero yo...

—No me interesa —la había interrumpido—. Estoy harto de tus niñerías. De ahora en adelante júntate con gente de tu edad. Deja en paz a la gente adulta y juguetea con muchachitos como con el que estabas la otra noche. Ellos te darán la fácil excitación que buscas.

—¡Eso que dices es terrible! —había protestado Madeline, herida por aquellas amargas palabras.

—No pretendo ser amable contigo.

—Entonces suéltame —había intentado apartarse de él, pero Dominic la había retenido con fuerza—. No necesito tu benevolencia.

—Ah, no. ¡Te quedarás conmigo hasta que termine esta maldita pieza! ¡Ya estoy harto de que me pongas en ridículo!

—¿Y tú no me humillaste la otra noche?

—¿Porque no acepté lo que tan vulgarmente me ofrecías? Pórtate como golfa y así serás tratada...

—¡No! —le había advertido cuando ella había alzado la cabeza—. No hagas una escena o vas a arrepentirte.

—¿Venganza, Dominic? ¿Es eso lo que pretendes; vengarte de mí invitándome a bailar para luego dejarme plantada en medio del salón?

—Eso es lo que te has buscado. Podrías haberte quedado en casa esta noche para ahorrarnos este engorro a todos. Así que ahora tienes la opción de terminar lo que has empezado con un poco de estilo o hacer lo que esta gente considera digno de ti y mostrarte como la insensata que eres.

—Oh, no hay que decepcionar a la jauría. ¿Qué prefieres, Dominic? ¿Que salga de aquí hecha un mar de lágrimas o será más divertido si me postro a tus pies para pedirte humildemente perdón?

Madeline se separó de Dominic y alzó la barbilla para lanzarle una última mirada desafiante.

—Creo que preferirías lo último, ¿verdad? —con una mueca extraña, se había dejado caer a sus pies.

Se había hecho entonces un silencio repentino y glacial en el salón. Madeline había sonreído ligeramente ante su propia temeridad.

Lanzando una sorda imprecación que apenas había llegado a oídos de Madeline, Dominic había gritado para que todos le oyeran:

—¿Por qué no maduras, Madeline? ¡Por todos los santos, crece! —y volviéndose, había abandonado con paso furioso el salón.

Para todos los testigos de la escena, Dominic había obtenido su venganza esa noche, porque el dramático gesto de Madeline les había parecido más que una travesura, una desesperada súplica de perdón... no recibido. Dominic sabía que pretendía ponerlo en ridículo, burlarse de él, pero al increparla y salir enfadado la que había quedado en ridículo era ella.

Madeline había permanecido donde estaba y cuando su padre la había levantado con suavidad y la había conducido fuera del salón la Madeline aniñada ya estaba muerta y la nueva se debatía en algo parecido al infierno. Habían pasado seis meses en Boston antes de que la nueva mujer comenzara a tomar forma y años hasta que había llegado a ser la persona en la que se había convertido.

Nadie iba a encontrar una sola cosa por la cual censurarla, se había jurado ella muchas veces desde entonces.

Madeline y Perry pasaron la mañana del domingo cabalgando por la campiña y se detuvieron a almorzar en una pequeña posada al lado del río.

Después, fueron a dar un paseo junto al río, atrayendo las miradas de otros paseantes por su gracia y elegancia.

Llevaban caminando cerca de diez minutos cuando Madeline se atrevió a hacer una pregunta que la había estado inquietando durante todo el fin de semana.

—Perry... ¿Puedo pedirte un favor?

—Por supuesto. Lo que quieras.

—Si les digo a mis padres que voy a cenar contigo el miércoles por la noche, ¿les dirías que es verdad?

—¿Por qué? ¿Por qué necesitas mentir?

Madeline se pasó la lengua por los labios.

—Porque tengo una cita con alguien. Y no les gustaría saber con quien.

—¿Con quién?

Madeline respiró profundo.

—Con Dominic —dijo y se encogió cuando Perry se volvió a mirarla con enfado.

—¿Estás loca? —exclamó—. ¡Ese hombre te puso en ridículo en público hace cuatro años y ahora me dices que vas a salir a cenar con él!

—Yo lo dejé en ridículo antes, Perry —observó la joven—. Mientras esta estúpida rencilla entre nuestras familias continúe, ese doble ridículo nunca se olvidará. Y está hiriendo a gente inocente. He quedado con Dominic porque los dos pensamos que hay que hacer algo para poner punto final a la enemistad y parece que somos los únicos que podemos hacer algo.

—¿Cómo? ¿Viéndoos otra vez? ¿Fingiendo que nada sucedió?

—Sí —replicó Madeline, con cierta brusquedad—. ¡Sí! ¡Si eso es lo que hace falta!

—¡Entonces eres tonta! —gruñó Perry—. ¡Porque el pasado ha existido! Y has pasado los últimos cuatro años curando las heridas. ¡Por amor de Dios, ten sentido común!

—No pienso lanzarme a sus brazos en cuanto lo vea, ¿sabes? —se defendió ella—. Sólo cenaré con él para hablar de asuntos familiares.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo puedes estar segura de que no tiene sobre ti el mismo poder que hace cuatro años?

—Le dijo la sartén a la olla, ¿no?

Perry se sonrojó.

—Está bien. Tú ganas —gruñó. Cristina van Neilson lo había puesto en ridículo en varias ocasiones.

—Pero eso no responde mi pregunta —señaló—. Hace cuatro años que no lo ves. ¿Cómo sabes lo que vas a sentir por él?

Madeline bajó la cabeza, y Perry comprendió inmediatamente aquel gesto.

—Ah... entonces lo has visto ya.

Madeline no respondió. De cualquier manera era demasiado tarde. Perry ya había leído la verdad en sus ojos.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Una noche. Cuando estaba paseando a caballo me lo encontré por casualidad.

—¿Y qué pasó?

—Oh, no te preocupes, Perry —trató de tranquilizarlo—. Nos insultamos igual que hace cuatro años —sonrió con cinismo.

—¿Entonces qué te hace pensar que este nuevo encuentro con él será distinto?

—El hecho de que el problema de nuestras familias nos preocupa a los dos. Los dos podremos encontrar una solución.

—¿De verdad? Madeline suspiró con impaciencia y comenzó a caminar otra vez. Al cabo de unos minutos, Perry murmuró de repente:

—Me gustaría que apareciera ahora mismo. Me encantaría tirarlo al río. Madeline sonrió.

—No sabes cuántas veces he tenido ganas de hacerle lo mismo a Cristina —confesó. Perry sonrió con pesar.

—Somos un par de tontos, ¿verdad?

—Aja —asintió Madeline—. Entonces, ¿me ayudarás el miércoles?

—¿Me prometes ser muy, muy cuidadosa? Madeline asintió.

—Prometo ser la imagen viva de mi madre —juró con solemnidad.

Perry soltó una sonora carcajada.

—Supongo que no puedo esperar una promesa mejor que esa.

Madeline esperaba tener la fuerza para cumplirla.

—¿Vas a cenar con Perry, querida? —preguntó Louise con una sonrisa cómplice que exasperó a Madeline—. ¡Qué bien! Es un joven muy agradable. A tu padre también le cae bien.

—Quisiera cambiarme en el apartamento de Londres —dijo la joven.

—Por supuesto —aprobó Louise—. Es preferible que te quedes allí si se te hace tarde. ¿Quieres que les diga a los Crowther que vas a ir?

—¿Lo harás? Oh, gracias —dijo Madeline con convincente gratitud.

Nina estaba de ánimo soñador el miércoles. Y para sacarla de su ensimismamiento Madeline la invitó a ir de compras a Londres.

—¿Hay algo que no nos has dicho? —preguntó Madeline a su hermanastra cuando por fin se detuvieron a tomar un café—. Como... ¿el prematuro pataleo de unos pies diminutos, por ejemplo?

—¡Maddie! —Nina se escandalizó ante aquella sugerencia y se sonrojó—. Charles no ha... no habría...

—Está bien. Estaba bromeando. Pero las novias no suelen pasar toda una tarde contemplando como aleladas cunas de bebé y ositos de peluche.

—Charles... Charles quiere que nuestro día de boda sea perfecto. Dice que quiere que avance por el pasillo de la iglesia con mi vestido blanco sin hipocresía —suspiró con aire soñador y volvió a perderse en su propio mundo.

Madeline recordó entonces otro tiempo y otro lugar donde un hombre diferente le había dicho cosas similares. Ella, por supuesto, siendo como era, se había burlado un poco de tan anticuados ideales. Y todavía se burlaría, decidió. Cuando una mujer y un hombre se amaban y se deseaban, Madeline no veía ninguna razón para reprimirse sólo por una costumbre arcaica que decía que para vestirse de blanco la novia debía ser virgen. De cualquiera manera, virgen o no, ella pensaba casarse de rosa. Entonces, ¿de qué habría servido el anticuado recato de Dominic? Pero seguro que a la hora de encargar el vestido de novia, las dos familias sin duda la habrían manipulado para que aceptara vestirse de blanco. Tal como habían manipulado toda la relación desde su

inicio.

Y ese era en realidad el problema que la había acosado durante su tormentosa relación con Dominic. Nunca había estado segura del todo de si él no había sido arrastrado por el entusiasmo general. El hecho de que siempre lograra controlarse y no se acostara con ella había acrecentado sus recelos. No podía dejar de temer que estaba dispuesto a casarse con ella porque a todos les parecía perfecta la idea.

Capítulo 6

Madeline apareció en la entrada de uno de los restaurantes más exclusivos de Londres; estaba demasiado nerviosa para notar las miradas masculinas de admiración que despertaba.

Llevaba puesto un vestido hasta la altura de la rodilla de seda color aguamarina. Se cruzaba sobre el pecho y se ajustaba a la cintura con dos botones del mismo color, era en realidad un vestido más atrevido que los que llevaba normalmente. Pero quería causar sensación, mostrar a Dominic lo que se había perdido cuatro años antes.

El vestido acentuaba la largura de sus piernas y se movía con la sensual ondulación de su cuerpo. Tenía un escote que dejaba ver parte de los turgentes pechos.

Para variar, se había dejado el pelo suelto, cepillándoselo hasta convertirlo en una cortina de seda negra alrededor de sus hombros. El único maquillaje que llevaba era un toque de gris azulado en los párpados.

Dominic se quedó estupefacto cuando la vio aparecer.

Madeline respiró hondo para tranquilizarse y esbozó una serena sonrisa cuando él se acercó. El corazón le retumbaba en el pecho, las manos le temblaban un poco, pero ella disfrazó su nerviosismo volviéndose a entregar la chaqueta al camarero antes de volverse otra vez hacia Dominic.

Estaba soberbio. Llevaba un traje negro, una camisa blanca impecable y una pajarita. El pelo corto, oscuro y ligeramente rizado, le brillaba intensamente. Su rostro conservaba la perfección de rasgos que Madeline recordaba, aunque quizá un poco más duro, más curtido. Debía tener treinta y dos años de edad, pero el cinismo con el que curvaba su boca con una sonrisa, era el de un hombre de más edad.

Pero aparte de eso, seguía siendo el único hombre capaz de hacer que el corazón de Madeline latiera de aquella manera.

—Madeline —murmuró él—. Estás preciosa.

—Gracias —dijo ella intentando disimular su turbación.

Dominic la tomó del brazo instintivamente, Madeline se sobresaltó y se soltó sin darse cuenta de lo que estaba haciendo. Dominic frunció el ceño y su boca se endureció. Luego, volvió a tomarla del brazo y la miró con ojos entornados.

—Hicimos muchas cosas para lastimarnos uno al otro hace cuatro años, Madeline —dijo en tono sombrío—. Pero no creo haberte dado motivos para retirarte cuando te

toco.

Entonces, Dominic malinterpretaba la razón por la que ella se había apartado. Lo que quizá fuera mejor para ella.

—Entonces perdóname por... haber reaccionado así —murmuró—. Puedes atribuir mi reacción al nerviosismo.

Dominic arqueó una ceja.

—¿He captado un asomo de ácido en tus palabras?

—Es posible —replicó ella, sosteniéndole—. Pero espero que no.

—Tan calmada —se burló él mientras subían los escalones—. Tan exquisitamente bella, tan sofisticada. ¿Sabes? Estaba preparado para encontrarte cambiada. Cuatro años es mucho tiempo. Pero no esperaba que Dee lograra convertirte en una de su especie.

—Entonces no me das tu aprobación —concluyó la joven.

Dominic se encogió de hombros.

—En cierta forma la transformación es a la vez deliciosa y excitante, pero...

—Ah —sonrió ella—. Tenía que haber un pero, claro.

—El pelo, por ejemplo —observó él—. Yo vi a la otra Madeline ir a la peluquería más cercana para que la raparan en un gesto de desafío dirigido directamente a mí.

—Ceremonialmente, por supuesto.

Dominic deslizó la mano hasta la cintura de su acompañante con un gesto destinado a conducirla a través de unas puertas dobles que daban al salón comedor. Y, quizá sin querer, le rozó las sedosas puntas de su pelo. Al sentir aquella caricia, Madeline tuvo que sofocar un jadeo.

—Siento desilusionarte, Dominic —murmuró haciendo un enorme esfuerzo para disimular su nerviosismo. Pero en realidad no estaba tan afectada.

Dominic perdió el paso. Y Madeline disfrutó la pequeña satisfacción de saber que su contestación lo había turbado.

—Sí lo estabas —murmuró él—. Los dos lo estábamos.

La aparición del camarero salvó a Madeline de tener que defenderse contra ese comentario potencialmente provocador. Dominic la tomó por sorpresa al sentarse a su lado en lugar de enfrente.

—No soporto hablar entre dos platos de comida —le explicó cuando el camarero se apresuró a reacomodar los cubiertos antes de entregarles las cartas y desaparecer—. Si estoy cenando con una mujer atractiva, quiero disfrutarla, no atisbarla por encima de algún estúpido adorno de mesa.

—Esta mujer no ha venido aquí para que disfrutes —declaró Madeline en tono seco y tajante—. Querías hablar. Sobre Vicky, creo.

—Todavía no. Antes quiero saber de ti. Qué has hecho de tu vida, cómo te ha ido... cómo eres realmente.

—Estoy bien —dijo ella y luego hizo un breve resumen de su vida en Boston—. Me he sentido algo extraña al volver a Inglaterra, pero supongo que es lógico. Boston es mi hogar ahora y me siento más a gusto allí.

Dominic le cubrió la mano con la suya.

—Basta, Maddie —le ordenó él en tono adusto—. Deja de intentar demostrarme lo madura que eres, a mí no me engañas como a los demás.

—No sé de qué estás hablando —dijo ella, tratando de apartar la mano, pero sin conseguirlo.

Se miraron a los ojos durante unos segundos intensos e interminables. Dominic la miraba fijamente, observando los cambios que se habían producido en su rostro y volviendo a familiarizarse con aquellos rasgos que nunca cambiarían en ella: la clásica estructura de los huesos, por ejemplo, y la cremosa tersura de su piel; la sensual plenitud de su boca, algo entreabierta en ese momento; su nariz recta y no muy larga y aquellos ojos antes tan expresivos y que habían aprendido a ocultarlo todo.

Lentamente, conforme el silencio se prolongaba, y la tensión se convertía en el despertar de la sensualidad, el resto del salón comenzó a perderse en una bruma difusa para la joven.

Aquel, recordó Madeline con nostalgia, era el Dominic al que ella veía cuando estaban solos, lo que sucedía en rara ocasión. El que podía ver más allá de la chica exuberante y traviesa y era capaz de llegar hasta la criatura sensible y vulnerable que se escondía tras una fachada de frivolidad.

Le gustaba sentir la mano de Dominic sobre la suya. Estaban sentados suficientemente cerca para que se tocaran sus muslos. Madeline sentía el poder de sus firmes músculos, el siempre presente magnetismo animal de Dominic. Y antiguas, olvidadas sensaciones comenzaron a titilar bajo la superficie de su piel.

—Boston me ha sentado muy bien —se oyó decir, después parpadeó para romper el perturbador contacto de miradas—. Allí he madurado, Dominic. No trates de buscar a la chiquilla loca que alguna vez conociste; ya no existe.

Algo ensombreció el semblante de Dominic; un asomo de tristeza, de nostalgia.

—¿Y estás satisfecha con esta nueva... imagen que proyectas? —su voz era extrañamente amable y en sus ojos se reflejaba una alarmante comprensión.

Madeline apartó su mano de la de él.

—Sí —respondió—. Estoy satisfecha —¿feliz? No. ¿Viva? No. Respiró hondo—. ¿Y tú? ¿Estás... satisfecho con tu vida? Vicky me ha contado que has superado a tu padre en los negocios. El éxito debe ser maravilloso.

Dominic esbozó una sonrisa sesgada y volvió a colocarse la máscara de tersa urbanidad.

—Todos tenemos nuestros éxitos que saborear y nuestros... fracasos que lamentar —la miró a los ojos y Madeline supo que ella había sido uno de sus fracasos.

Como por tácito acuerdo los dos tomaron sus respectivas cartas. Era mejor evitar aquel terreno siempre que fuera posible, se dijo Madeline. Su conversación estaba acercándose peligrosamente a un terreno resbaladizo. Afortunadamente, en ese momento llegó el camarero, pidieron los platos y estuvieron hablando de cosas sin importancia mientras comían.

—Estoy preocupado por Vicky —dijo Dominic cuando estaban tomando el café.

—Yo también —dijo Madeline—. Tenemos que hacer algo —añadió en tono sombrío—. No sabía que nuestras familias se habían peleado. Y me molesta saber que la situación ha surgido por nuestra... nuestra...

—Estupidez —repitió Dominic. Madeline hizo una mueca y se encogió de hombros.

—La pobre Vicky está entre dos fuegos y me temo que no se me ocurre ninguna solución. Ella sabe sin que tenga que decírselo que es bienvenida en mi casa y que Nina quiere que sea su dama de honor en la boda. Pero también comprendemos que no puede hacerlo sin sentir que traiciona a su familia —Madeline volvió a encogerse de hombros en un gesto de impotencia—. Ojalá... —suspiró—. Ojalá...

—Ojalá, ¿qué? —la instó Dominic con suavidad—. ¿Ojalá no hubieran sucedido nunca las cosas que sucedieron hace cuatro años? —sugirió y alzó las manos casi de manera involuntaria para acariciarle el pelo—. ¿Ojalá pudiéramos retrasar el tiempo hasta una época en la que éramos felices y todos se querían y respetaban?

—Es fácil volver la vista atrás y recordar sólo los buenos momentos —dijo Madeline—. Pero sólo los soñadores y los tontos lo hacen —extendió la mano para tomar su taza de café y así hizo que Dominic apartara la mano de su pelo—. No —dijo con firmeza—. No quiero que desaparezcan los últimos cuatro años. Sólo quiero terminar con esa estúpida discusión.

—Hay una forma de hacerlo —dijo Dominic en tono apacible.

—Sea lo que sea —murmuró—. Creo que estaré de acuerdo.

—No estoy seguro de que te guste mucho la idea —luego la desconcertó al ponerse de repente de pie—. Vamos —dijo, tomándola de la mano—. Vámonos de aquí.

Madeline se levantó de manera automática.

—Pero... ¿a dónde vamos? —preguntó mientras él la conducía a la puerta.

—A mi apartamento —anunció Dominic, apretándole la mano cuando ella intentó soltarle.

—¡No puedo ir a tu apartamento! —protestó ella.

—¿Por qué? ¿Demasiados buenos recuerdos que soportar? —se burló Dominic.

—No. Tengo que pensar en mi reputación.

—Antes no te preocupabas por ese tipo de tonterías.

—Entonces era una chiquilla mimada —llegaron a la curva del rellano superior—. ¡No iré contigo a tu apartamento!

Dominic la miró a los ojos un momento, luego se volvió sin decir palabra y comenzó a arrastrarla escaleras abajo.

—¡Dominic...? —estaba a punto de perder los estribos, pero recordó donde estaba y apretando los labios con fuerza volvió a deslizarse dentro de su caparazón de urbanidad—. No permitiré que me hagas hacer una escena —dijo en tono pétreo y lo dejó conducirla hasta la salida.

—Confiaba en eso —dijo Dominic dirigiéndole una mirada burlona—. Aunque... por un momento he llegado a preocuparme —Dominic tomó la chaqueta que le tendía el camarero y se la puso en los hombros de la joven—. Creía que la Madeline de antes iba a saltar por detrás de esa fachada de sofisticación y me iba a dar un bofetón.

Madeline se ruborizó al recordar un incidente en el que había hecho precisamente eso: darle un sonoro bofetón. Durante toda la noche él la había estado fastidiando con una atractiva rubia que estaba al otro lado del salón. Hasta que por fin, colmada su paciencia, Madeline le había dado un bofetón. Dominic se había quedado muy quieto. Todo el mundo se había quedado mudo de estupefacción. Luego, con fría calma, Dominic le había devuelto el bofetón.

Un intenso murmullo se había extendido por el salón. Dominic la miraba esperando su siguiente reacción. El silencio comenzaba a vibrar a su alrededor y podría haberse oído la caída de una aguja cuando Madeline se había levantado temblorosa y con los ojos llenos de lágrimas. La boca había empezado a temblarle. Sin decir una sola palabra, se había vuelto sobre sus talones y había salido del salón, dejándolo allí parado.

Dominic la había alcanzado en la puerta, la había agarrado de la muñeca y la había hecho volverse hacia él. Con un sordo gruñido la había estrechado en sus brazos.

—Perdóname —había susurrado entonces.

—Iré —le dijo en ese momento Madeline con tono sereno.

Dominic frunció el ceño, sorprendido por el repentino cambio de actitud de la joven.

El apartamento de los Stanton estaba situado en el piso superior del edificio bancario. Era muy grande, lo suficiente para dar cabida a toda una convención de Stantons si fuera necesario. Pero la familia rara vez lo ocupaba cuando iban a Londres prefería alojarse en un hotel.

Excepto Dominic. Él pensaba que no tenía ningún sentido pagar un hotel teniendo un magnífico apartamento.

Dominic la condujo hasta las puertas traseras y dejó que el guardia de turno los revisara antes de abrir las enormes compuertas de seguridad que daban al aparcamiento privado.

—Fort Knox —susurró cuando bajaron del coche para esperar otra vez a que seguridad operara el sistema de cierre automático de las puertas traseras—. ¿Frío? —preguntó cuando Madeline se estremeció y le acarició suavemente la mejilla.

Sobresaltada por la inesperada caricia, Madeline alzó la mirada hacia Dominic.

—Madeline —susurró él—. Yo...

Las puertas se abrieron y una brillante iluminación fluorescente los bañó, interrumpiendo lo que Dominic iba a decir.

Bajaron del coche y el ascensor los llevó con rapidez arriba, dejándolos directamente en el vestíbulo principal del majestuoso apartamento. Madeline se dejó conducir por Dominic por el amplio pasillo que llevaba a la puerta de una habitación perturbadoramente familiar para ella.

Era el salón privado de Dominic. No había en él nada elegante o lujoso, sólo lo necesario para convertirlo en un lugar relajante y confortable. Había un escritorio, por supuesto, cubierto de papeles desordenados, dos enormes y cómodos sofás de

terciopelo, un mueble bar, un aparato de televisión, un equipo de música y el imprescindible ordenador.

Aparte de eso, contenía todas cosas personales de Dominic, como libros en las estanterías y revistas esparcidas por todos lados. No era un lugar muy ordenado, pero a Dominic no le gustaba que nadie le «arreglara su metódico desorden». A Madeline siempre la había gustado ir allí con él, sobre todo porque era de los pocos lugares donde podían estar solos sin ser importunados.

—Eso no estaba allí la última vez que vine —observó ella, señalando un cuadro con marco dorado que acababa de ver.

Dominic le dirigió una mirada de soslayo mientras se dirigía al mueble bar.

—No. Es una adquisición reciente.

Madeline se acercó a ver más de cerca y el cuadro le recordó algo...

Recorrió con la mirada la casona blanca que se erguía en medio del bien cuidado jardín. Su techo de tejas grises brillaba por una lluvia reciente y las ventanas brillaban con la nueva luz del sol.

A Madeline le recordó a la vieja finca Courtney que estaba a medio camino entre su casa y la de los Stanton. Pero si los años habían sido magnánimos con la casa del cuadro, la finca Courtney había ido perdiendo su atractivo con el paso del tiempo.

Un leve suspiro escapó de los labios femeninos. Siempre había sentido una triste simpatía por la finca Courtney y contemplar aquel cuadro despertó en ella una profunda tristeza.

—¿De quién es?

—¿Qué? ¿La casa o el cuadro? —preguntó Dominic acercándose a ella para ofrecerle una copa—. El cuadro es mío. Lo encontré en una tienda de antigüedades cubierto por el polvo de años. El marco fue lo primero que me llamó la atención.

—¿En un bazar? —Madeline recordó cómo le gustaba a Dominic buscar en las tiendas de cosas viejas. Sentía pasión por objetos antiguos y extraños. Era una afición heredada de su madre, que tenía la casa Stanton llena de antiguas curiosidades.

—Algo así —sonrió Dominic—. Cuando vi la tela más de cerca, me pareció que valdría la pena restaurarla... y como ves... la mandé restaurar.

—¿Me la venderías? —preguntó la joven en un impulso—. Te pagaré lo que quieras por ella.

—¿Por qué la quieres? —preguntó Dominic con extrañeza.

—Me... recuerda a Courtney —admitió ella. Dominic miró el cuadro con los ojos entrecerrados para intentar captar el parecido.

—¿Es muy seria tu relación con Linburgh? —preguntó Dominic de improviso y ella volvió la cabeza bruscamente y le miró azorada.

—¿Qué tiene eso que ver con el cuadro?

Dominic no respondió, todavía tenía la mirada fija en el cuadro. Madeline lo miró con extrañeza, preguntándose qué estaría pensando.

Después de otra larga pausa, Dominic se volvió a mirarla.

—Te regalaré el cuadro el día en que vengas y me digas que has terminado con

Linburgh.

Madeline le miró desconcertada.

—¿Por qué quieres que termine con él?

La sonrisa de Dominic le dio la respuesta y Madeline apartó la mirada, sintiendo que el estómago se le contraía de repente. Dominic la deseaba todavía.

Capítulo 7

Estremecida, Madeline se apartó de Dominic y fue a sentarse en uno de los mullidos sofás, intentando ocultar el efecto que aquella revelación le había causado.

Cuatro años le había llevado superar su último encuentro con aquel hombre y tres breves encuentros bastaban para barrer esos años como si no hubieran transcurrido.

Dio un sorbo a su copa, esperando que Dominic dijera algo respecto a lo que acababa de anunciar con tanta indiferencia.

En un rincón uno de los viejos relojes de pared comenzó a sonar. Y automáticamente, Madeline miró la hora en su reloj de oro. Diez y media.

Alzó la mirada hacia Dominic y sus miradas se encontraron. Un familiar calor la invadió. Dominic se había aflojado la corbata y se había desabrochado los botones de arriba de la camisa. Madeline dio otro trago a su bebida, pero el vino blanco sólo agitó la conmoción que ya la sacudía por dentro.

Intentando controlarse, susurró:

—Mi relación con Perry no es asunto tuyo.

—Quizá no —concedió él—. Pero te lo agradecería si me lo dijeras.

—Todavía estamos estudiando las posibilidades—dijo ella en voz baja.

—¿Y Cristina van Neilson? —preguntó él con fingida amabilidad.

—¿Has estado jugando al detective?

—El asunto Linburgh van Neilson fue muy conocido, incluso aquí. Y por lo que tengo entendido, fue Linburgh el que rompió el compromiso.

—Como te he dicho todavía estamos explorando las posibilidades.

—Lo único que quiero saber es si tiene algún derecho sobre ti.

—Nadie tiene ningún derecho sobre mí —comentó Madeline.

—Antes te dije que sabía cómo poner fin a esta rencilla entre nuestras familias —a Madeline le sorprendió el repentino cambio de conversación—. Como todo empezó por culpa nuestra, somos nosotros los únicos que podemos solucionar el problema.

—¿Cómo? —preguntó ella, mirándolo con recelo.

—Intentando retroceder cuatro años.

—¿Y qué se supone que debo contestar a eso?—preguntó con ironía—. Creo que sería mejor dejarte continuar antes de contestar, ¿no?

—He pensado que... que quizá una reconciliación pública en casa de los Preston este fin de semana, podría...

—¿Y cómo se supone que escenificaríamos la farsa? ¿Se supone que debo

volverme a echar a tus pies, para que esta vez te dignes darme tu perdón? ¡Y listo, como si nada hubiera sucedido!

—Creo que esta vez sería yo el que tendría que pedir perdón —sugirió—. Después de todo, la mujer que tengo ahora ante mí, no se humillaría ante nadie.

—Entonces, ¿cómo debemos representar esta... reconciliación?

—Podría postrarme a tus pies esta vez —murmuró Dominic—. Y que fueras tú la que se dignara perdonarme. Pero... —soltó un leve suspiro—, no me veo en el papel del humilde suplicante.

Por supuesto, Dominic era un hombre demasiado orgulloso para humillarse ante nadie.

—De modo que se me ha ocurrido que podríamos jugar un poco a... ¿cómo decirlo? —hizo una pausa—. Al flirteo... ¿qué te parece si flirteas un poco conmigo delante de los demás? —la retó con un brillo burlón en los ojos.

Madeline sacudió la cabeza con divertida incredulidad.

—Pero, el flirteo parece tan frívolo, Dominic —dijo haciendo un mohín remilgado—. ¿No podríamos estrecharnos las manos y fingir amistad?

—No hablas en serio.

—¿Por qué? ¿Estás hablando en serio tú?

—¡Diantre! —exclamó Dominic—. ¿Quieres burlarte de mí?

—¡Vaya, sí hablabas en serio! —dijo y Dominic sofocó una imprecación furiosa.

—No exageraron cuando me dijeron que habías cambiado demasiado, ¿sabes? —hizo una amarga mueca de disgusto—. Yo creía que sólo era exteriormente, pero parece que el cambio es más profundo.

—Gracias —dijo ella con un marcado acento bostoniano—. ¡Me alegro de saber que no he desperdiciado cuatro años de mi vida!

—¡Basta! —espetó Dominic, apartándose de ella para ir a dejar su copa bruscamente en la mesa. Madeline suspiró.

—Lo siento —dijo muy seria—. Me gustaría que fuéramos amigos, Dominic. Aunque sólo sea por el bien de Vicky. Pero no sé si podría funcionar una amistad entre tú y yo.

—No. Creo que en eso estoy de acuerdo contigo.

Los dos se miraron con aire sombrío, entre ellos vibraba una extraña mezcla de amor y el dolor del pasado.

—¿Por qué lo hiciste, Madeline? —preguntó Dominic de repente—. ¿Por qué huiste así? Madeline bajó la mirada.

—No volvamos a lo mismo. Yo era muy joven y tonta y tú eras...

—¿Qué? —murmuró Dominic cuando ella titubeó. Tomándola de los hombros la hizo ponerse de pie—. ¿Cuál es mi excusa por lo que sucedió hace cuatro años? Es fácil para ti valerte de tu juventud como excusa para justificar tu conducta. ¿Pero qué excusa tenía yo? Dime —gruñó—. Porque me ayudaría a entender algo que no he podido justificar en cuatro largos y miserables años. A Madeline se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No sé —murmuró, consternada—. ¡No sé lo que pensabas o sentías entonces, Dominic! ¿Cómo podría saberlo si nunca me lo decías? —preguntó con amargura.

Apretó los dientes, se obligó a tranquilizarse y esbozó una falsa sonrisa.

—Por qué no olvidas todo eso y simplemente agradeces haberte librado de mí —sugirió con amargura—, en lugar de tratar de entender algo que fue, a fin de cuentas, un desastre.

El lugar de enfadarse como esperaba ella, Dominic la sorprendió con una sonrisa llena de tristeza.

—Desastre es una palabra que lo define bien, ¿verdad? —dijo separándose de ella—. Pero como con todos los desastres, es la confusión que deja a su paso lo que provoca el verdadero problema —se apoyó contra la barra del bar y metió las manos en los bolsillos del pantalón con expresión grave—. La confusión que dejamos tras nosotros ha afectado a todos nuestros allegados. Es nuestra responsabilidad hacer algo al respecto —concluyó.

—Pediré a Nina que mande invitaciones a todos los Stanton —sugirió la joven—. Y yo misma las entregaré... no estoy dispuesta a participar en esta rencilla y tanto tu familia como la mía lo sabrán en la primera oportunidad que tenga de demostrárselo... si es que consigo ver a tu familia.

—No fueron a casa de los Lassiter para darte tiempo a que te readaptaras. No fue con segundas intenciones.

—Lo sé —dijo Madeline—. Yo misma llegué a esa conclusión —alzó la mirada hacia él—. No soy yo la que suele ver un insulto en todo, Dominic —señaló—. Todavía recuerdo lo amables y cariñosos que fueron siempre tus padres conmigo.

—Te quieren —murmuró él.

—Sí —asintió—. Y yo también los quiero. Y mañana por la noche les haré una visita para decírselo... llevaré las invitaciones de Nina para endulzar la píldora.

Dominic sonrió.

—¿Y qué dirá tu padre? Madeline hizo un gesto de impaciencia con la mano.

—Tendrá que aceptarlo, eso es todo —declaró la joven con firmeza—. ¡No entiendo cómo has permitido que todo esto haya durado tanto tiempo! ¡De haber estado yo aquí habría puesto punto final a esta tontería!

—¿Ah, sí? —preguntó Dominic con sorna—. Eso sólo demuestra lo poco que sabes del problema—. ¿Sabías, por ejemplo, que tu padre y el mío estuvieron a punto de pegarse por culpa de nuestra ruptura? ¿Que tu padre llegó al extremo de retirar todas sus cuentas de nuestro banco en una época en la que nuestra situación financiera era delicada y él lo sabía? ¿Sabías que en este momento él está intentando que uno de los grandes bancos patrocine una de sus osadas ideas, pero se niega tercamente a aceptar mi financiamiento?

—¿Se lo has sugerido? —preguntó Madeline consternada.

—Dos veces. Pero ni siquiera se dignó a dar acuse de recibo a mis llamadas —le contestó Dominic con amargura.

—Qué testarudo —masculló Madeline—. Entonces, —¿qué sugieres que hagamos?

—Tenemos que dar la impresión de que estamos pensando en reanudar nuestra relación—dijo—. Es lo único que puede derretir el hielo, creo. Siempre les gustó la idea de que tú y yo fuéramos pareja. Yo hasta diría que ellos fueron los que te empujaron hacia mí. Todos te presionamos, ahora que lo pienso. Todos te acorralamos.

—Si mal no recuerdo, el acorralado fuiste tú—murmuró Madeline con una sonrisa, recordando la aciaga noche en la que trató de seducirlo.

—Yo tenía suficiente edad para decidir por mí mismo —dijo él—. Tú no.

—A mí no me gusta flirtear, Dominic —declaró Madeline con serenidad.

—Lo sé —dijo él. La miró con los ojos entrecerrados y luego sonrió—. ¿Qué tal un romance, entonces?

—¿Qué? —exclamó Madeline—. ¿Otro?

—Ah, pero esta vez sería diferente —le aseguró Dominic—. Quiero decir, ninguno de los dos cometería los mismos errores, ¿no crees? Tú misma me dijiste el otro día por teléfono que habías aprendido muy bien la lección. Y yo... Las circunstancias serán diferentes para mí. Así que, ¿qué nos impide permitirnos un romance? No somos inmunes uno al otro, de modo que no sería difícil hacerlo creíble. Además, piensa cómo se acallarían esos odiosos chismes si nos volvieran a ver juntos.

—Y sufrirían todas esas mamas casamenteras —comentó Madeline con sorna. Nina le había hablado de las madres ambiciosas que lo querían como yerno.

—Vicky estaría feliz —dijo Dominic—. Nuestros padres estarían tan preocupados de que volviéramos a romper, que se pasarían el día juntos planeando la boda. Podría ser...

—Espantoso —aportó Madeline—. ¡Lo siguiente que sugerirías sería que nos comprometiéramos otra vez!

—¿Por qué no?

—¿Y qué haríamos cuando todos volvieran a ser amigos?

—¿No te parece que deberíamos cruzar el puente cuando lleguemos a él? —dijo él con desenfado—. A menos que tengas miedo de volverte a enamorar de mí.

—¿Quieres o no que llevemos a cabo este... fingido romance?

—Lo siento —sonrió él—. No he podido evitar la broma. Entonces, ¿hacemos el pacto de jugar a los enamorados para que nuestras familias se reconcilien?

Madeline lo miró sin pestañear. Estaba jugando con ella. Pero ella no estaba indefensa. Nunca lo había estado y Dominic lo sabía. Así que, ¿para qué la estaba tratando de manipular? Sabía que él la deseaba todavía; así lo había dado a entender al ofrecerle el cuadro. Y sabía también que debía volverse y salir de allí antes de comenzar a hundirse en aguas peligrosas. El problema era, que la idea del juego le resultaba deliciosamente excitante.

Madeline suspiró.

—¿Cuándo propones que comencemos la comedia? Y no vuelvas a sugerir la fiesta de los Preston —advirtió—. No me gusta la idea de una reconciliación pública.

—Mañana vas a comer con Vicky, ¿verdad? —y cuando ella asintió, continuó—. Yo me haré el encontradizo, si no te importa. Y desde allí comenzaremos las cosas, ¿te

parece?

—Está bien —accedió ella y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

—A casa. Ya hemos hablado lo que debíamos hablar y ya es hora de que me vaya.

—Veo que sabes ser exasperante cuando quieres —masculló él, alcanzándola—. Y me gusta.

—¿El qué?

—Tu nueva personalidad —la recorrió lentamente con la mirada—. Una zorra sofisticada. Muy... excitante.

—Dominic...

—Se me acaba de ocurrir algo —se acercó a ella y la arrinconó contra la puerta.

—¿De... de qué estás hablando? —farfulló la joven con recelo.

—De tocarnos —dijo Dominic—. De besarnos, ese tipo de cosas.

—¡No! —gritó, pero él ignoró su protesta. Esperó simplemente a que ella terminara sus forcejeos, mirándola con una sonrisa burlona.

—Tienes el cuerpo más delicioso que haya tenido el placer de abrazar —murmuró—. Este vestido debería llevar una advertencia de peligro —deslizó las manos por la cintura de Madeline y ella no pudo evitar un ligero gemido de placer—. Y esa boca... esa exquisita boca de frambuesa...

—¡No!

Dominic bajó la cabeza y capturó sus labios y Madeline tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no responder a aquel beso. Volvió a un pasado en el que aquello era todo para lo que ella vivía. Su cuerpo se incendió con las mismas llamas. Incluso, Dominic olía igual, evocando en ella una ansiedad que siempre había conocido pero nunca había visto saciada.

Dominic alzó la cabeza, con los ojos oscurecidos por la pasión. Un leve rubor tenía sus mejillas.

—Respira hondo otra vez, Madeline —le aconsejó con voz suave, su boca estaba tan cerca de la de ella que las palabras le vibraban contra sus trémulos labios—. Vas a necesitarlo, porque ese beso no ha sido suficiente.

Aquella vez todo lo que había faltado en el primer beso estuvo en exceso en el segundo. Calor, un calor que abrasaba sus labios. Deseo, y pasión... una pasión tan intensa que arrancaba, gruñidos de las entrañas de Madeline.

Dominic masculló unas palabras de impaciencia porque Madeline todavía fingía resistirse. La abrazó con fuerza y con una mano le agarró por la nuca y le echó la cabeza atrás. Entonces Madeline sintió la candente presión de la excitación masculina palpitar contra ella.

Fue su derrota. Con un gemido final, entregó lo que Dominic exigía, la cálida respuesta de su propio deseo.

El beso cambió entonces, encendiendo en ambos una pasión que los hizo retorcerse uno contra el otro envueltos en oleadas de un placer indescriptible.

Cuando por fin Dominic se separó de ella, Madeline estaba tan aturdida que le

costaba mantenerse en pie.

Consternada, se apartó y la ira, por suerte, acudió en su ayuda haciéndola barbotar:

—Eso ha sido un error. No deberías haberlo hecho.

—¿Por qué no?

—Porque acabas de estropear nuestro plan —repuso Madeline con frialdad—. Ya buscaré otra forma de salvar la brecha familiar. ¡Pero será sin tu ayuda!

—¿Porque te he besado? —preguntó Dominic en tono burlón—. Tenía que hacer algo para romper el muro de hielo con el que te has rodeado. ¡No habríamos convencido a nadie con tu actitud glacial hacia mí!

—Bien, ahora no tendrás que preocuparte por mi reacción. No quiero tener nada más que ver contigo. Por favor déjame marcharme, Dominic —intentó abrir la puerta, pero él se lo impidió apoyando la mano contra ella.

—¡No seas estúpida! —gruñó—. ¡No pensarás irte por un par de besos sin consecuencias!

¡Sin consecuencias! Con una fuerza nacida de la furia Madeline consiguió abrir la puerta a pesar de la presión de Dominic.

—¿Es por Linburgh? —Dominic la siguió al pasillo, la tomó del brazo y la hizo detenerse—. Porque si es por eso, podrías decirlo en lugar de montar toda esta farsa de virginal indignación por un maldito beso.

Madeline se volvió furiosa hacia él.

—No —masculló—. No es por Perry, ni por ningún otro hombre. Si quieres saber la verdad te la diré. He vuelto porque pensaba que cuatro años eran suficientes para dejar clara mi posición. Pero parece que no es así. De modo que te lo diré claramente para que no quede ninguna duda: ¡No estoy disponible para flirteos, fingidos o no, contigo! ¡Y no porque esté comprometida sentimentalmente con otro hombre, sino porque tú no me interesas! ¡No te quiero!

—¿Has terminado? Madeline asintió.

—Entonces te llevaré a tu casa.

Dominic la llevó a su apartamento en completo silencio. Madeline iba a su lado en un estado de temor cercano a la histeria, deseando no haber vuelto nunca, haberse quedado en Boston donde nada ni nadie podía herirla tan profundamente.

Dominic la acompañó hasta la puerta antes de lanzar su tardía réplica:

—Eres una mentirosa. No sé si me mientes sólo a mí o también te mientes a ti misma. Pero eres una mentirosa. Has respondido a mis besos igual que yo, con una ansiedad acumulada en estos largos y frustrantes años. Piensa en ello mientras duermes esta noche en tu cama. Y piensa también en esto —se acercó peligrosamente a Madeline—. Si este... asunto entre nuestras familias no se resuelve pronto, no sólo Vicky sufrirá más de lo que ya ha sufrido, sino que tu padre se encontrará en serias dificultades financieras. ¡Necesita mi apoyo y la única forma de que lo consiga es que tu cooperes conmigo!

Le dio un último beso y se alejó a grandes zancadas.

A Madeline se le llenaron los ojos de lágrimas mientras le observaba alejarse, sentía una apremiante necesidad de correr tras él e incluso dio un nervioso paso hacia adelante con esa intención antes de obligarse a permanecer donde estaba.

La Madeline de antes habría corrido tras Dominic. La nueva tenía que aferrarse a su orgullo.

Capítulo 8

Dominic no había ido. Madeline no sabía por qué esperaba que apareciera, después de todo. Pero la esperanza había persistido en ella durante todo el primer plato y había comenzado a desvanecerse cuando estaba esperando que sirvieran el segundo. Apenas había probado la comida, estaba demasiado tensa para comer. Y Vicky estaba demasiado absorta en su conversación sobre un cliente potencial que quería atrapar para notar la falta de apetito de su amiga.

—Te lo aseguro, Maddie —decía Vicky con entusiasmo—. Si logro convencer a éste, haría que mi padre se tragara todos los desdeñosos comentarios que ha hecho sobre las mujeres que se atreven a irrumpir en un mundo masculino. Y además es tan guapo. Tan...

Madeline miró con desgana a su alrededor, preguntándose de qué podrían estar hablando todas esas personas que disfrutaban su almuerzo. A ella no se le ocurría una sola palabra que decir. No tenía apetito. No quería hablar con nadie. Estaba cansada por la falta de sueño, y harta.

La noche anterior había sido un desastre.

La nueva Madeline le decía que olvidara a Dominic y buscara otra solución al problema; mientras que la otra Madeline quería llorar, porque la noche anterior le había demostrado que, lejos de haber superado su debilidad por Dominic, seguía siendo tan vulnerable como siempre cuando estaba con él.

Vulnerable. Perry se lo había advertido, pero ella no había querido hacerle caso. Su propio sentido común se lo había indicado, pero tampoco lo había tenido en cuenta.

¡Dios, no podía creer que fuera todavía tan ingenua, tan tonta! Dominic Stanton no...

Entonces lo vio, a la entrada del restaurante. El corazón le dio un vuelco y empezó después a latirle con fuerza.

Así que había decidido acudir a su cita clandestina. A pesar de las amargas palabras que ella le había dirigido, a pesar de su desdeñosa réplica, había ido.

Entonces las vio. Por encima de la cabeza de Vicky, Madeline lo vio observarla fijamente y tuvo que entrelazar las manos temblorosas bajo la mesa cuando él comenzó a caminar hacia su mesa.

—... americano en todos los conceptos... —estaba diciendo Vicky—. Ya sabes lo que quiero decir. Todo musculatura y caballerosidad. Un rostro y un cuerpo de Superman... —pero Madeline no la escuchaba; estaba absorta mirando a Dominic

acercarse, sin poder romper el contacto de sus miradas.

Dominic se paró al lado de la silla de su hermana.

—Hola, Madeline —saludó.

La pobre chica casi saltó de su asiento al oír la voz de su hermano.

Madeline apartó los ojos de él para mirar a su amiga. Vicky parecía petrificada. Madeline volvió a mirar al recién llegado.

—Hola, Dominic —le dijo Madeline con calma.

—¿Os importa que me siente con vosotras?

—Dominic... —dijo Vicky en tono suplicante; detestaba todo tipo de escenas desagradables.

—Quita tu bolso de esa silla para que se siente Dominic —dijo Madeline con amabilidad, a pesar del torbellino que la sacudía por dentro.

Un camarero apareció al lado de Dominic en cuanto él se sentó, preguntando si el caballero deseaba pedir algo. Dominic sacudió la cabeza.

—Tomaré café con las señoritas cuando lo traigan —dijo y el camarero se fue.

—¿Cómo van los planes de la boda? —le preguntó a Madeline.

—Muy bien —respondió ella—. Todavía falta un mes para el gran día, pero ya conoces a Louise —sonrió—. Ya tiene casi todo planeado.

—Charles Waverley es un buen hombre —dijo Dominic—. Creo que Nina será feliz con él.

—Estoy segura —Madeline miró a Vicky. La pobre estaba muy tensa, tenía la cabeza agachada y las manos debajo de la mesa. Madeline miró con gesto de preocupación a Dominic. Él se encogió de hombros ligeramente e hizo una mueca—. ¿Conoces bien a Charles? —le preguntó Madeline.

—Bastante bien —Madeline vio moverse el brazo de Dominic y adivinó que le había dado la mano a su hermana. Ella alzó la cabeza para ver la sonrisa alentadora de su hermano—. Vicky estuvo enamorada de él alguna vez, ¿verdad?

—¡No es cierto! —negó Vicky, volviendo a la vida con la broma—. ¡No es mi tipo! Es demasiado... demasiado...

—¿Fino? —dijo Madeline—. Entiendo lo que quieres decir. Es tan... tan...

—¿Fino? —murmuró Vicky y las dos soltaron una carcajada.

—¿Son siempre tan sarcásticas las mujeres cuando hablan de los hombres?

—Has tenido suerte de llegar cuando lo has hecho —murmuró Madeline con aire provocador—. Tú ibas a ser el siguiente.

—Pero, de verdad —repuso Vicky, temiendo un altercado—. Charles es el hombre ideal para Nina. Ella necesita un hombre que la cuide y la mime.

—¿Y tú no? —se burló su hermano—. Creía que a todas las mujeres les gustaba que las mimaran.

—¡Cielos, no! —exclamó Vicky y se estremeció ante la idea—. Mi hombre ideal deberá ser de fuerte voluntad y muy decidido. Me gusta el reto en una relación. No una total dependencia. Tiene que ser... —sus ojos vagaron inquietos por el salón hasta que se detuvieron con azoro—. ¡Cielos! ¡Es él! —susurró—. ¡No, no te vuelvas ahora! Es

el hombre del que te estaba hablando antes de que Dominic llegara... ya sabes. El que... ¡Oh, cielos! —gimió—. ¡Viene hacia aquí!

Dominic miró con curiosidad en dirección de la mirada de su hermana y mientras Madeline observaba las dos caras que tenía enfrente, vio el rostro de Vicky sonrojarse y el de Dominic endurecerse.

—No tenía idea de que estuvieras esperando a alguien —masculló Dominic con voz gélida.

—Yo no —negó Madeline, frunciendo el ceño.

—¡Madeline! —exclamó alguien y Madeline se quedó petrificada al comprender la causa del repentino enfado de Dominic.

Varias cosas sucedieron al mismo tiempo. El camarero llegó con el plato principal. Vicky abrió desmesuradamente los ojos y luego su expresión se ensombreció al darse cuenta de que el recién llegado no se acercaba para hablar con ella sino con Madeline. Y Perry llegó al lado de ésta, desconcertando al camarero que estaba tratando de servir la comida, al inclinarse para besar a la joven en la mejilla.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Madeline sorprendida y preguntándose: ¿Perry... Superman? ¿Estaba loca Vicky?

—He venido a comer con Forman —sonrió el americano.

Ah, Forman, se dijo Madeline. Entonces Forman debía ser el americano del que hablaba Vicky.

Se puso de pie, volviéndose para saludar al otro con una sonrisa.

—Forman, me alegro de volverte a ver.

—Hola, Madeline —sonrió él, estrechándole la mano y riendo cuando al camarero casi se le cayó lo que estaba sirviendo—. Creo que estamos obstruyendo el tráfico aquí.

El camarero terminó de servir lo mejor que pudo y luego desapareció con rapidez, de modo que Madeline pudo terminar las presentaciones. Dominic ya estaba de pie.

—Ésta es la chica a la que querías conocer —le dijo a Perry—. Mi mejor amiga, Vicky... Victoria Stanton. Éste es Perry Linburgh, Vicky.

—¿Eres la misma Vicky a la que Madeline ató a un árbol mientras jugaba a indios y vaqueros? —preguntó Perry.

Vicky se echó a reír.

—¿Ya te ha contado eso? —Perry le estrechó la mano y la sacudió con afecto—. ¿Y te ha contado también que una vez me dejó a la deriva en un viejo bote agujereado?

Perry la miró fingiendo estar horrorizado.

—¡Estoy seguro de que para ti fue un alivio que se fuera a Boston!

—Oh, no —dijo Vicky con conmovedora sinceridad— La he echado mucho de menos.

—Todos la hemos echado de menos —intervino Dominic, provocando un breve silencio que Forman no entendió. Dominic dirigió una breve sonrisa a Perry—. Ya nos

conocíamos, Linburgh—dijo con una leve inclinación de cabeza.

—Lo recuerdo —murmuró Perry sin efusión.

—Forman... —intervino de inmediato Madeline—. Creo que ya conoces a Vicky, pero creo que a su hermano no. Dominic, te presento a Forman Goulding. Se ocupa de la rama Europea de las empresas Linburgh.

Terminadas las presentaciones, Perry consultó el reloj.

—Me alegro de haberte encontrado, Madeline—dijo—. Iba a llamarte más tarde para preguntarte a qué hora querías que llegara el sábado para esa reunión con los Preston —Madeline vio por el rabillo del ojo que Dominic se ponía tieso—. Pero tengo una cita el sábado por la tarde, así que no podré llegar muy pronto.

—No te preocupes —dijo Madeline; se le ocurrió una idea al ver a Vicky y Forman hablando en voz baja—. Cada quien se sirve lo que quiere cuando llega, de modo que no te preocupes por eso. Y si Forman quisiera acompañarnos este fin de semana, estoy segura de que a Vicky no le importaría que fuéramos los cuatro juntos a la fiesta.

Dominic estaba furioso y en cuanto se marcharon Perry y Forman, se lo hizo saber a Madeline.

—¡Lo has hecho para fastidiarme! —Dominic parecía haber olvidado la presencia de su hermana a la mesa, pero Madeline no.

—Ven a casa el sábado —invitó a su amiga—. Así podremos salir juntas.

—¡Oh, Madeline! —gimió Vicky—. ¡Sabes que no puedo ir a tu casa! Ni siquiera pensaba ir a la fiesta de los Preston porque... —no concluyó la frase y se mordió el labio inferior.

—¿Ves lo que has hecho? —murmuró Dominic—. Y ahora, ¿qué diantres se supone que debe hacer Vicky? ¿Decirle a nuestros padres que va a ir a cenar el sábado a casa de los Gilburn y esperar que ellos lo acepten?

—Ven tú también —sugirió Madeline, desconcertándolo—. Piénsalo —suspiró—. ¡Es la solución ideal! Tu padre no puedo permitirse el lujo de ofender a gente de la posición de Perry y Forman. Debe saber que Vicky anda tras la cuenta de Forman. El hecho de que los dos pasen el fin de semana en mi casa no perjudicaría los intentos de Vicky. ¿No es el lema de todo empresario serio no dejar que las cuestiones personales interfieran en los negocios?

—¡Tienes razón! —exclamó Vicky, emocionada—. ¡Papá no podría protestar!

—Pero el padre de Madeline sí —terció Dominic—. Y a él no le importa mezclar los asuntos personales con los negocios. ¿Has olvidado, querida hermana, que los Stanton no son bienvenidos en el hogar de los Gilburn?

—Entonces, ¿qué propones que hagamos?—preguntó Madeline—. ¿Seguirnos evitando como a la peste sólo por una estúpida discusión que nunca debería haber alcanzado esas proporciones?

—Anoche te dije cuál es la solución que yo propongo.

—¡Sí, y ya te dije lo que pienso de tu idea!

—¿Anoche? —Vicky frunció el ceño—. ¿Os visteis anoche?

—Cerdo —le insultó Madeline a Dominic, con el rostro encendido.

—Entonces, ¿no es la primera vez que os veis la semana pasada?

—Tú te lo has buscado —masculló Dominic.

—¿Cuántas veces más os habéis visto? —preguntó Vicky con recelo.

—¡Una ha sido suficiente! —espetó Madeline.

—Dos veces —la corrigió Dominic en tono impecable—. ¿Recuerdas la vez que nos encontramos en el río?

—¡Vaya par de bribones!

—Esta comida está fría —suspiró Madeline, reclinándose en su asiento.

—¿Alguien más sabe que os habéis estado viendo en secreto? ¿Qué me decís de Perry Linburgh? ¿O de Dianne Felton?

Madeline miró entonces furiosa a Dominic.

—¿Y quién es esa tal Dianne Felton? —preguntó con voz sedosa.

—La conocerás el sábado por la noche —respondió él con una sonrisa—. Yo os presentaré, cuando la lleve a tu casa a cenar con nosotros.

—No te gustará, Maddie —dijo Vicky con tono distraído—. Es una de esas mujeres sofisticadas que él frecuenta últimamente. Ella...

—Cuidado, hermanita —la amonestó Dominic—. No son muy diferentes de la nueva Madeline.

—¡De ninguna manera! ¡No recibiré a un Stanton en mi casa! —rugió Edward Gilburn y Madeline suspiró con impaciencia—. Y sinceramente, hija, me extraña que lo invites después de lo que te hizo.

—¡Edward! —espetó Louise y era tan inusitado que le gritara a su esposo que éste casi se sobresaltó—. Quizá deberías tratar de considerar la difícil posición de Madeline en todo esto. Ella no te pidió que te enemistaras con los Stanton.

—¡*Nos* enemistáramos, Louise!

—*Tú,* Edward —insistió Louise—. Fuisteis tú y James Stanton los que os peleasteis; Beth y yo sólo fuimos arrastradas por la marea, mientras las pobres Nina y Vicky quedaron atrapadas entre dos fuegos. ¿Cómo crees que se siente Madeline al saber que su amiga de la infancia no es bien recibida en su casa?

—¡Vicky es bienvenida en esta casa! —replicó Edward—. Pero su hermano es harina de otro costal. Hizo mucho daño a mi hija y...

—Los dos se hicieron mucho daño, Edward. Por favor, recuérdalo. Y Madeline tiene razón; ya es hora de que todo eso se olvide.

Madeline estaba empezando a arrepentirse de lo que en el restaurante le había parecido una genial idea cuando una voz suave intervino desde el otro lado del comedor.

—Se me ocurre algo —todas las caras se volvieron con asombro hacia Nina—. Yo creo que Madeline tiene tanto derecho como cualquiera de nosotros a invitar a quien quiera a su propia casa. Pero, por otra parte, no creo que deba esperar que papá se siente tranquilamente a cenar con un hombre al que no ha dirigido la palabra durante cuatro años...

—Gracias, ángel -dijo Edward.

—Entonces —continuó Nina—. Creo que deberíamos dejar que Madeline cenara con él... en privado. Haremos creer a todos que teníamos un compromiso previo: el de cenar en casa de Charles. Así nadie se sentirá incómodo, ¿no creéis?

Madeline se vistió con esmero aquel día. Se puso un vestido de terciopelo rojo oscuro con un pronunciado escote. Llevaba una falda corta y estrecha, con una simple abertura por detrás que permitía vislumbres de sus blancos muslos cuando se movía.

Se arregló el pelo en un moño encima de la cabeza que aseguró con dos peinetas doradas. Se puso dos aros de oro y una gruesa cadena.

Perry la alabó cuando la vio, pero Madeline estuvo a punto de perder toda su seguridad en sí misma cuando Dominic entró con Dianne Felton del brazo. La joven iba vestida de blanco, era una joven rubia de tez pálida que le hacía sentirse oscura y pesada a Madeline.

—Ciertamente tiene buen gusto —murmuró Perry—. ¿Quieres que intente engatusar a la Reina de las Nieves para que tú puedas sustituirla? —sugirió él en tono zumbón.

—Le queda bien eso de Reina de las Nieves —sonrió Madeline.

Haciendo acopio de valor, Madeline se adelantó para ir a recibir a sus invitados, dirigiendo primero su atención a Vicky.

—Has venido —dijo, sonriendo con afecto a su amiga y besándola en las dos mejillas—. Me alegro de verdad.

—Me ha costado decidirme —admitió Vicky—. Al final me acobardé y dejé que Dominic discutiera con papá.

—¿Y por qué no? —dijo Madeline, lanzando una mirada burlona a Dominic—. Supongo que de algo tiene que servir a veces. Hola, Dominic —le tendió la mano—. Me alegro de que hayas venido.

—No he podido resistirme —dijo él arrastrando las palabras, estrechándole la mano y reteniéndola en la suya—. Ha pasado tanto tiempo...

—¿Querido? -dijo entonces Diane—. Espero que no empecéis a discutir tan pronto.

La Reina de las Nieves estaba al tanto de su pasada relación, dedujo Madeline y luego se preguntó si habría algún ser vivo en Lambourn que no estuviera enterado.

—Nunca discutimos —le aseguró Madeline a la otra mujer, esbozando su sonrisa más encantadora—. Tú debes ser Diane —le tendió la mano a la rubia, que se la estrechó con una sonrisa.

—Diane, esta es Madeline —la presentó Dominic—. Acaba de volver de Boston y ya está dispuesta a tomar Lambourn por asalto.

—Ya lo ha tomado —Perry apareció al lado de Madeline y le ofreció su sonrisa más seductora a Diane—. Ya he tenido que espantarle a más de un pretendiente desde que hemos llegado.

—Tú eres mi único pretendiente —murmuró Madeline—. Este es Perry Linburgh

—informó a la rubia.

—He oído hablar mucho sobre usted, señor Limburgh.

—¿De verdad? —dijo Perry—. ¡Cuénteme más! —y fiel a su promesa, Perry se llevó diestramente a la Reina de las Nieves.

—Diane es experta en informática —dijo Dominic—. Trabaja precisamente para la firma Linburgh.

—Es... encantadora -dijo Madeline al verla alejarse.

—Justo mi tipo —dijo Dominic y se inclinó para susurrarle al oído—: En realidad es muy simpática, ¿sabes? Incluso podrías llegar a ser su amiga si le das la oportunidad.

—Nunca he dicho que no esté dispuesta a dársela —protestó ella.

Dominic se estaba burlando de ella.

—Tu expresión te ha delatado, ojos verdes.

—No tengo los ojos verdes.

—¿No? Pues hace un momento me han parecido verdes. Pero quizá haya sido una ilusión óptica.

—No juegues conmigo, Dominic —dijo la joven con impaciencia—. ¡Creo haber dejado bien claro la otra noche que no me gusta!

—Y a mí no me gusta que Linburgh te esté tocando todo el tiempo —replicó.

—Si no ponéis en práctica vuestro plan vosotros dos —intervino Vicky—. Vais a hacer sufrir a nuestras familias otro escándalo —se apartó para reunirse con Forman, que estaba sirviendo los cócteles.

—No sé si está enfadada porque no hemos confiado en ella o de verdad teme que volvamos a armar otro espectáculo público —comentó Dominic.

—Pero eso son tonterías. ¿No le has contado la verdad?

—¿Crees que me creerá después de cómo nos comportamos el otro día delante de ella?

—Fue culpa tuya.

—Mitad y mitad —corrigió él—. Creo que debemos compartir a medias la culpa por nuestros errores pasados y presentes.

—¿Y los futuros?

—Eso depende de como te comportes, Madeline.

—Te lo advertí, Dominic —dijo con voz tensa—. ¡No quiero juegos!

—Demasiado tarde, mi amor —le tocó la punta de la nariz con un dedo—. El juego empezó en el restaurante el otro día. De haberlo querido le habrías puesto coto entonces.

—¡Eres insufrible!

—Lo sé —suspiró él—. Es uno de mis peores defectos, según me han dicho.

—¿Por qué haces esto?

—Para ajustar cuentas, por supuesto. No me gustan las deudas atrasadas.

—¡No te debo nada! —protestó la joven—. Y recuerda una cosa: estamos aquí por el bien de Vicky. No para que tú...

—Qué raro —la interrumpió Dominic sin inmutarse—. Creía que estábamos aquí para que Madeline Gilburn nos enseñara a todos lo maravillosamente madura y sensata que se ha vuelto.

Capítulo 9

-Está bien, lo admito. Estoy impresionado —decía Dominic horas después, cuando Madeline se detuvo por fin para tomar un respiro.

Sólo había tenido lugar un incidente potencialmente explosivo dado su altercado con Dominic antes de la cena. Irónicamente había sucedido cuando se disponían a salir y Madeline recordó haber dejado el abrigo en su habitación.

—Yo te lo traeré —ofreció Perry—: ¿Es el negro de terciopelo que he visto doblado en el respaldo de tu silla?

—Sí —dijo ella sonriendo antes de volverse para encontrarse con la mirada ceñuda de Dominic.

Madeline se había sonrojado al comprender lo que pasaba por la suspicaz mente de Dominic. Alzando la cabeza lo había mirado con expresión desafiante. Dominic no había dicho nada, pero su desdén era evidente.

Perry había vuelto con el abrigo de la joven y le había dado un beso en el cuello antes de ponérselo sobre los hombros. Entonces Dominic les había vuelto la espalda. Perry había notado el movimiento y le había dirigido a Madeline una mirada divertida que le había indicado a la joven que lo había hecho con toda intención.

—Eres terrible —le había susurrado ella.

—Está furioso.

—Lo repito, eres terrible.

Perry había soltado una carcajada y le había pasado el brazo por los hombros mientras salían. Dominic los había visto aparecer y deliberadamente se volvió hacia Diane para besarla en la boca.

Madeline se había quedado petrificada.

—Lo siento —había susurrado entonces Perry—. Ha sido culpa mía.

—Vámonos —había contestado Madeline muy seria.

Habían ido a casa de los Preston en dos coches. Dominic conducía el de Diane y los demás iban en el de Perry. Ya era tarde cuando habían llegado a casa de los Preston. Dominic los estaba esperando en la puerta.

—Deberíais haber entrado —le había dicho Perry.

—Solidaridad es la orden de la noche —le había dicho Dominic mirando de frente a Madeline—. ¿No es cierto, querida?

—Sí.

—¿Me he perdido algo importante que tenga que ver con esta velada? —había preguntado Forman con sorna.

—Nada en absoluto —le había contestado Vicky mientras entraban a casa de los

Preston:

Por el impacto, su llegada había sido perfecta, nadie había podido malinterpretar la declaración implícita cuando Madeline Gilburn y Dominic Stanton habían llegado tan obviamente juntos; aunque cada uno con diferente pareja. Forman había mirado extrañado el mar de rostros estupefactos que se habían vuelto a mirarlos, luego había mirado a Vicky, que intentaba, parecer tranquila.

—Creo que me he perdido algo —había comentado Forman—. ¿Debo suponer que toda esta tensión es producto de dos ciertas facciones opositoras en nuestro grupo?

—¿Quieres decir que no sabías nada? —Vicky lo había mirado con asombro—. Creía que Perry te lo había contado todo.

—Nada en absoluto.

—Es una larga historia —le había susurrado la chica cuando sus anfitriones, algo desconcertados, se habían acercado a recibirlos—. Ya te la explicaré después.

—Sinceramente has conseguido una magnífica dirección de escena —le comentaba Dominic.

La joven estaba entusiasmada. A un lado del atestado salón, los padres de ella charlaban con los de Dominic. Había cierta reserva en ellos, pero al menos habían comprendido que era estúpido continuar una enemistad que sus propios hijos descartaban.

Madeline condujo la fiesta con la gracia y encanto de una verdadera dama de sociedad, haciendo presentaciones, charlando, riendo con ligereza, controlando en todo momento la situación y sabiendo cual debía ser su siguiente paso.

Con una diplomacia aprendida de la muy experta Dee, había mandado a Perry a bailar con Conise, a Dominic con su madre y Vicky se había encontrado invitando a su propio padre a la pista de baile mientras Forman se ocupaba de Diane y Madeline bailaba con su padre. Nina había contemplado todo desde el borde de la pista, acompañada de su prometido.

—Así que no tendré que postrarme a tus pies —murmuró Dominic con un suspiro—. Qué lástima. La idea me gustaba.

—Como ves, he conseguido que se reconciliaran sin...

—Sin tener que fingir un romance conmigo... Y sin dar a toda esta... encantadora gente la sabrosa escena que esperaban con morbosa expectación desde que Madeline Gilburn volvió.

—Vicky está feliz —señaló Madeline, obligándolo a recordar el objetivo principal de la velada.

Dominic miró a su hermana, que charlaba animadamente con Forman.

—El pobre tipo —murmuró—. Me pregunto si lo estará apabullando con datos sobre el índice Nikkei o sobre el comportamiento de la bolsa de Nueva York.

—¡Dominic! —lo amonestó Madeline. Pero él se echó a reír: no había mala intención en sus palabras—. ¿Dónde está tu Reina de las Nieves?

—La abandoné por una plebeya de negro corazón... ¿y dónde está tu galán?

—Bailando con la Reina de las Nieves.

—Pues hagamos lo mismo —sugirió Dominic tomándola de la mano.

—¡Pero yo no quiero bailar contigo! —Madeline se resistió cuando él comenzó a conducirla hacia la pista.

—Por supuesto que quieres —porfió él—. No querrás echar a perder nuestro plan, ¿verdad? Todos notarían que has bailado con todos los presentes excepto conmigo.

Derrotada, salió con él a bailar. Sus cuerpos se acoplaban tan bien como en el pasado mientras se movían al ritmo de una suave melodía.

—¿Sabes que no he visto a ninguna mujer tan atractiva como tú? —dijo él de repente, haciéndola alzar la mirada sorprendida—. Hace cuatro años eras hermosa, excitante. Pero ahora... —suspiró—. Quizá necesitabas esos años con Dee para aprender a comportarte. De verdad hay más peligro en la Madeline que se sabe controlar que en la impetuosa muchacha de antes, eras más predecible.

—¿Peligro?

—Peligro. Todas las mujeres bellas son peligrosas, pero tú tienes el poder de ser letal.

—No digas tonterías—. ¡Me haces sentirme como un arma mortal!

—Y allí está el peligro —dijo Dominic, todavía serio—. Cuando decidas «dispararte», eso va a ser algo espectacular. Y yo quiero ser el único que lo vea.

—Basta, Dominic.

—¿Qué pasa? ¿Temes que se repita lo que sucedió la última vez que bailamos? Madeline se estremeció.

—Te he dicho que ya no hago escenas públicas.

—Me alegro. Entonces calla y baila.

Continuaron bailando y la gente dejó de interesarse en ellos al convencerse de que no les iban a complacer con una escena; Madeline comenzó a relajarse y se rindió al dulce placer de bailar con Dominic.

El constante roce de sus muslos y la lenta caricia de la mano masculina en su espalda tuvieron el efecto de sumirla en un estado de embelesamiento hasta que todo a su alrededor se perdió en una bruma y sólo fue consciente de la cercanía de Dominic.

Continuaron bailando hasta que Madeline se sintió mareada, aturdida; estaba demasiado débil para resistirse a los sentimientos que resucitaban entre ellos. Para eso había nacido, se dijo. Y sus cuatro años de lejanía no habían servido para acabar con lo que sentía por aquel hombre.

—Me gustaría estar a solas contigo —le susurró Dominic al oído.

—No, Dominic. Por favor —le suplicó ella.

—Demasiado tarde —murmuró él con voz sedosa y triunfal y la apartó de repente.

Madeline miró aturdida a su alrededor y se quedó estupefacta al darse cuenta de que la música había cesado y sólo se oía el murmullo de las conversaciones y de que Dominic estaba cerrando con suavidad la puerta de la hermosa biblioteca de los

Preston.

La había ido sacando del salón mientras bailaban para llevarla hasta allí sin que ella se hubiera dado cuenta. Indignada de repente, se apartó de él y lo miró furioso.

—No voy a tratar de apartarte de esa puerta, Dominic —dijo con frialdad—. Preferiría que te apartaras voluntariamente y me dejaras salir.

—No quieres ir a ninguna parte y lo sabes —declaró Dominic repentinamente enfadado—. ¡Al igual que yo, deseas esto con tanta intensidad que tiemblas de expectación ante ello! ¡No lo niegues!

La abrazó y la estrechó por la cintura para que la joven pudiera comprobar la fuerza de su deseo.

—¡Cuatro malditos años tratando de oponerse a algo que no quería desaparecer! —masculló él—. ¡Qué desperdicio, Madeline! ¡Qué maldito desperdicio!

Madeline intentó protestar, pero su protesta se convirtió en un gemido que reflejaba el placer que el contacto con Dominic le producía. Aquel gemido hizo que Dominic reclamara su boca con apremio. Se besaron con frenesí, con abandono y desenfreno.

Madeline se encontraba entre dos fuegos; el de la chimenea ardía detrás de ella, el fuego de la excitación de Dominic delante, vivo y palpitante.

—Búscame más tarde —le suplicó Dominic en un susurro.

—¿Dónde? —a Madeline ni se le ocurrió negarse.

—En el cobertizo —dijo Dominic, reviviendo recuerdos que hicieron gemir a la joven con dolorida nostalgia y, con otro sordo gruñido volvió a apoderarse de su boca para besarla con furiosa desesperación.

—No tardes.

Dominic la apartó un poco entonces y, en un impulso de la Madeline de antes, le acarició el pecho y deslizó sus manos después hacia la ingle.

—Hechicera —susurró Dominic con voz tensa, mientras la miraba a los ojos—. ¿Quieres que hagamos el amor aquí mismo donde cualquiera podría sorprendernos?

Madeline apartó las manos bruscamente, asustada de su propia osadía.

—No —murmuró y trató de contener un estremecimiento.

Dominic se puso detrás de ella y la estrechó contra él.

—Te deseo, Madeline Gilburn —le susurró con voz sedosa contra la tersa mejilla—. Nunca he dejado de desearte. La nueva Madeline, la de antes... cualquier Madeline bastará con tal que sea *mi* Madeline.

Madeline se estremeció.

—Tú y yo esta vez —prometió Dominic—. Sabes a lo que me refiero, ¿verdad? Hablo de que lo vamos a volver a intentar. Sin intervención ajena, sin presiones familiares... ¿entiendes? —asintió y fue recompensada con un delicado beso en la mejilla—. ¿No me fallarás?

Madeline sacudió la cabeza. No, pensó, no le fallaría. Después de todo, eso era lo que ella deseaba.

—Allí estaré —prometió.

Dominic soltó un largo suspiro y salió.

Eran más de las tres de la mañana cuando Madeline condujo el caballo ensillado fuera del establo y lo montó para cabalgar en dirección al río.

Por fin todos dormían en la casa. Los muros de piedra gris se veían fríos e inhóspitos en aquella oscura noche de abril. Una hora antes habían vuelto de casa de los Preston y, exhaustos, todos se habían ido inmediatamente a la cama... a excepción de Madeline.

Ella se había puesto a recorrer su cuarto, tratando de analizar sus sentimientos por Dominic, preguntándose si haría bien en encontrarse con él, diciéndose que era una locura dejarse arrastrar otra vez por sus deseos e intentando controlar el

delicioso clamor de expectación que durante cuatro años no se había permitido.

El resto de la fiesta lo habían pasado lejos uno del otro, ella cerca de Perry y él con la hermosa Diane. Pero eso no significaba que no hubieran sido durante todo el tiempo intensamente conscientes de su mutua presencia. Dondequiera que ella miraba se encontraba con los penetrantes ojos grises fijos en ella, haciéndola recordar su promesa.

Madeline galopaba a paso rítmico a través de la campiña. Una tenue neblina envolvía todo en un sutil manto blanquecino. Madeline se acercaba al río y, conforme avanzaba, la neblina se hacía más densa. Soltó las riendas para que el caballo siguiera su propio camino entre los árboles del bosquecillo envuelto en la neblina, confiando en que la llevara donde quería ir.

Vio el negro caballo de Dominic cuando llegó al borde del claro.

Una mano salió de ninguna parte, agarrando las riendas del caballo de Madeline y haciéndola gritar asustada.

—No tengas miedo —dijo Dominic con una agradable y profunda voz—. Deja que te lleve yo.

Llevó el animal de la joven cerca del suyo y luego le ofreció a ésta una mano para ayudarla a desmontar.

—Me preguntaba si vendrías —murmuró—. Temía que te hubieras arrepentido.

—Dije que vendría.

Dominic retrocedió un paso y la neblina se cerró entre ambos. Sorprendida por la rapidez con la que la neblina lo borraba de su vista, la joven estiró la mano para buscarlo.

—No es la noche ideal para esto —lo oyó reír con suavidad—. Sin embargo... —la tomó de la mano y tiró de ella, de modo que volvió a ver su rostro otra vez—. No se puede ser demasiado exigente en este país.

—Un típico abril —sonrió ella.

—Niebla densa y escarcha en el suelo —suspiró Dominic y la abrazó—. No es como Boston, ¿verdad?

—No. No es como Boston.

—Vamos —le pasó el brazo por los hombros y la condujo hacia el viejo cobertizo.

—Bienvenida a mi humilde choza —dijo con una burlona reverencia cuando abrió la pesada puerta—. Por aquí, por favor, *madame.*

—¡Oh! —Madeline jadeó su sorpresa al entrar y ver la luz de una parpadeante lámpara de aceite colgada de las viejas vigas del techo, iluminando la gruesa manta roja extendida sobre el suelo de duelas. Encima había una botella y dos copas de vino—. Encantador —dijo, quitándose los guantes de lana y metiéndolos en el bolsillo de su cazadora—. ¿Champán?

—Será nuestro desayuno. Ven... —la agarró del brazo y la condujo hacia la manta invitándola a sentarse y usar como respaldo la pared del astillero, luego se sentó él gruñendo—. Creo que me estoy haciendo demasiado viejo para estas cosas—se quejó.

—Pero no para beber champán en una mañana fría y nublada, ¿eh?

—¡Ah, para eso nunca seré demasiado viejo!

El tapón saltó con un ruido seco y Madeline buscó rápidamente las copas, riendo mientras las sostenía bajo el vino chisporroteante que se derramaba. Unos minutos después estaban sentados, acurrucados en sus abrigos con la pared del astillero contra sus espaldas.

—Como en los viejos tiempos —murmuró Dominic al cabo de un rato.

—No recuerdo haber hecho esto antes contigo—declaró.

—Bueno... —Dominic se encogió ligeramente de hombros y sonrió con aire travieso y cordial—. Entonces, casi como en los viejos tiempos—. ¿Recuerdas cuando navegamos por el río en una barca y terminamos enredados en la red de un pescador furtivo de salmón?

—¡Cómo te enfadaste ese día! —recordó Madeline, riendo.

—¡Cómo me enfadé! —Dominic se burló de su acento bostoniano.

—¡No seas tan maleducado! —lo regañó entre risas.

Dominic la sentó sobre sus rodillas y sus juegos pronto se transformaron en algo mucho más perturbador.

Sin apartar sus ojos de los de ella, Dominic le puso la copa en los labios y Madeline bebió. Después Madeline hizo lo mismo con su copa, observando fascinada como bebía Dominic.

Sus miradas permanecían entrelazadas mientras se daban de beber el uno al otro. Encima de ellos, la parpadeante llama de la lámpara recortaba las finas facciones de Dominic. Madeline le sonrió con delicadeza y metió un dedo en la copa para que él lo lamiera después. Un exquisito calor invadió las entrañas de la joven. Dominic también mojó los dedos en champán y se los pasó por los labios entreabiertos.

Una sensual languidez invadió a la joven. Luego Dominic le quitó la copa de la mano y apoyado contra la pared acunó a Madeline en su regazo Sus rostros estaban tan cerca que podían casi adivinar sus pensamientos.

El deseo comenzó a crecer, era una deliciosa y cálida tensión que se localizaba en el bajo vientre y ascendía lentamente. Con el pulso acelerado y la respiración entrecortada. Madeline sentía el calor que emanaba de sus cuerpos.

—Madeline —susurró Dominic y entonces le quitó el sombrero que Madeline

llevaba puesto.

Una cascada de seda negra cubrió los hombros de la joven.

Y entonces se besaron. Dominic sabía a champán. Madeline buscó la abertura del abrigo y deslizó las manos por debajo. Un suspiro trémulo escapó de los labios de Dominic y Madeline suspiró a su vez, contra su boca, para besarlo con una intensidad casi suplicante.

—No voy a seducirte aquí —murmuró Dominic, enlazando los dedos en los de ella—. Y sería una seducción si fuera yo tan burdo como para hacer el amor aquí, en un frío lecho de madera y una tosca manta—. Para ti, mi amor, querría una cama mullida y sábanas de seda —prometió en un susurro acariciador—. Pero voy a tocarte... a tocarte y acariciarte hasta que no puedas pensar en ningún hombre aparte de mí.

Volvió a besarla, lenta y sensualmente, profundizando el beso y Madeline lo dejó seguir su propio ritmo, demasiado consciente de las veces en las que ella le había impuesto sus propios deseos. Dominic buscó con ansiedad los pechos bajo la blusa y ella soltó un gemido de placer.

Sus abrigos se habían transformado en un capullo que los envolvía, sus bocas bebían ávidamente una de otra. Afuera, los pájaros comenzaban a despertar. Un caballo relinchó y los enamorados apartaron sus bocas con desgana.

—Más —exigió ella.

—Paciencia —murmuró Dominic y la tumbó con suavidad sobre la manta para tumbarse encima de ella y comenzar a desabrocharle la blusa.

—No te has puesto sostén.

—No, quería estar preparada para ti —contestó ella con ojos turbios de deseo y placer.

Tan elocuente declaración lo hizo estremecerse ligeramente. Sin aliento casi, se miraron durante un largo y mágico momento.

Después, Dominic fijó la mirada en sus senos, observando con lánguida deleitación los firmes montículos y las erguidas puntas rosadas trémulas, incitantes.

Dominic se desabrochó rápidamente la camisa y se inclinó encima de ella.

—Maravilloso —suspiró él, mientras ella lo miraba—. No tienes idea de cuánto he deseado hacer esto —murmuró, hundiendo el rostro en su cuello—. Sentir tu piel contra la mía.

—Has dicho que no ibas a seducirme —le recordó ella.

—Confía en mí. Sé lo que estoy haciendo.

Volvió a cerrar los ojos. Madeline observó cómo se suavizaba la tensa línea de su boca antes de cubrir la suya y entonces ella también cerró los ojos. Dominic sabía lo que estaba haciendo, se dijo. Deslizó las manos por el pecho masculino y cuando el beso se hizo más profundo, ya se había apoderado de la tetilla de Dominic.

Tenía apoyada la cabeza en el brazo de Dominic. Él le torturaba los pechos con leves caricias y movía una de las piernas a un ritmo lento y excitante contra la parte interna del muslo de ella.

Varias veces dejaron de besarse para mirarse. Sin palabras; no eran necesarias.

Aquello no era un proceso de seducción, sino un amoroso escarceo. Habían disfrutado muchas veces de la misma forma en el pasado, algunas veces en el apartamento de Dominic en Londres. Pronto él se detendría, antes de que las cosas se salieran de control. Pronto comenzaría a apartarse, haciéndola volver a la realidad con una ternura exquisita.

—Tenemos que detenernos ahora, tenemos que detenernos —era la lánguida letanía que resonaba en la mente de la joven—. Detenernos...

Pero Dominic no se detuvo. Madeline no supo cuándo perdió Dominic el control de la situación, pero fue el zumbido de la cremallera de sus vaqueros lo que le advirtió que aquello estaba yendo más lejos que nunca.

—¿Dominic? —murmuró.

—No te preocupes —le aseguró él con voz tensa—. Sólo quiero tocarte. Tengo que... —le bajó los vaqueros y deslizó las manos entre sus muslos.

Madeline sintió una maravillosa sensación en el mismo centro de su femineidad que la hizo retorcerse entre jadeos y gemidos. Y de repente Dominic dejó de ser delicado y lento. Se tensó, su boca se tornó dura y Madeline se sintió bañada por un fuego líquido y arrastrada en una espiral de sensaciones que nunca había experimentado.

Gritó el nombre de su amado con una angustia nacida de un gozo insoportable, de un vértigo exquisito y aterrador al mismo tiempo; le hundió las uñas en los hombros, se aferró a él como un náufrago a la tabla de salvación. Lo oyó murmurar algo, y después volvió a ponerla al borde del vértigo, inclinándose sobre ella y contemplando sus voluptuosas contorsiones con los ojos brillantes.

Cuando todo terminó, Dominic la estrechó con ternura contra él y la acunó como si fuera una niña pequeña que necesitara consuelo.

—¡Dios mío! —exclamó Madeline cuando recobró el aliento—. ¿Por qué? —preguntó aturdida y azorada.

Dominic se apartó un poco y la miró con aire contrito.

—Lo siento —murmuró.

—¡Lo sientes! —Madeline se incorporó, todavía aturdida por lo que acababa de ocurrir—. Dominic... ¿qué diferencia hay entre lo que me acabas de hacer y un coito normal? —preguntó con cruda sinceridad.

—Que sigues siendo virgen.

—¿Que sigo...? —la ira le impidió seguir hablando—. ¿Quieres decir que me... me has hecho eso... porque pensabas que seguía siendo virgen?

Dominic la miró sorprendido con expresión interrogante.

Madeline se puso de pie y se arregló la ropa con manos temblorosas. ¡No se había sentido tan humillada y avergonzada en su vida!

—Antes te molestaba que me detuviera antes de tiempo —le explicó él—. No he querido decepcionarte esta vez.

—¿Y debo suponer que lo has hecho para que me sintiera mejor? —Madeline le miró con amargura—. Pues déjame decirte lo que siento en realidad... ¡me siento

utilizada! ¡Humillada y manipulada! ¡Como cuando estaba contigo!

—Madeline, yo...

—¡Quiero ser amada, no aliviada! —le espetó ella, limpiándose las lágrimas cuando asomaron a sus ojos—. ¡Amada y deseada hasta tal punto que tú no puedas detenerte por mucho que lo intentaras!

—Yo no quería detenerme —gruñó Dominic.

—Pero lo has conseguido —gritó mientras se abrochaba la blusa—. ¡Como siempre, es Dominic el que toca la canción y Madeline la que tiene que bailar al son que le tocan! Siempre te ha bastado tocarme para que me entregue totalmente, ¿verdad? —lo acusó con virulencia.

—No es así —Dominic soltó un suspiro de cansancio, se incorporó y le pasó furioso la mano por el pelo—. Nunca me he portado así. Tú eras muy joven entonces. ¡Sólo tenías dieciocho años, maldita sea!

—¿Y ahora? ¿Soy cuatro años mayor y por tanto consideras que ya estoy preparada para la siguiente etapa de excitación sexual?

—No seas tan burda —gruñó Dominic—. Has disfrutado lo que acabamos de compartir, Madeline, y lo sabes.

—¡No «hemos compartido» nada —exclamó ella—. ¡Nunca hemos compartido nada! ¡Hace cuatro años me manipulabas en función de tus intereses y sigues tratando de manipularme!

Cuatro años atrás, Dominic la había mantenido en el filo de la navaja de la frustración sexual con sus tácticas de estira y afloja. ¡Luego, cuando ella había traspasado inevitablemente el límite, la había incriminado por ello! Y aquella mañana había hecho exactamente lo mismo, engatusándola para aquella loca, absurda, hermosa experiencia con la única intención de volver a mantenerla a distancia.

No podía tolerarlo. Otra vez no. No debía haber vuelto.

—No quiero volverte a ver —dijo, mientras se ponía la cazadora—. No me convienes, Dominic. Me robas mi escasa autoestima. Siempre lo has hecho.

—¿Y qué crees que me has hecho tú? —le espetó Dominic con aspereza.

—Te he puesto en ridículo —dijo ella—. ¿Y sabes una cosa? ¡Por primera vez desde hace cuatro años, acabo de llegar a la conclusión de que te merecías lo que te hice!

Capítulo 10

-Todos han aceptado —comentó Nina desde el escritorio donde estaba revisando las respuestas a sus invitaciones de boda—. Incluso los Stanton.

—No me extraña —gruñó Edward—. Después de cómo has ido a suplicarles.

—¡No les supliqué nada! —protestó Nina—. Sólo me pareció conveniente entregarles sus invitaciones personalmente ya que todos los demás habían recibido las suyas hace varias semanas.

—E hizo muy bien —intervino Louise.

—¿Has visto a Dominic? —no pudo dejar de preguntar Madeline.

Pero no había sabido nada de él desde aquella horrible escena en el cobertizo del astillero.

—Me ha dicho que estaría encantado de asistir a la boda —dijo Nina.

Madeline en el fondo esperaba que su hermanastra le dijera que Dominic había preguntado por ella.

—¿Sabías que el Mayor Courtney murió el año pasado, Maddie? —preguntó Edward de improviso.

—¡No! —exclamó su hija—. ¿Y quién vive ahora en la casa?

Edward se encogió de hombros.

—Nadie que esté en sus cabales -dijo—. Era bien sabido que ninguno de sus familiares quería vivir allí. Después de todo, ni el viejo ni su casa les importaban un comino. Pero parece que alguien ha comprado la finca; aunque nunca fue puesta a la venta. Hace meses que hay gente allí reconstruyéndola. No la reconocerías, Maddie. Tiene tejado nuevo y han renovado toda la fachada. Quienquiera que sea el tonto que la ha comprado, está gastando una fortuna allí. ¡Yo no viviría allí aunque me pagaran!

«Yo sí», se dijo Madeline. Le habría encantado comprar la casa y restaurarla para recobrar su antigua gloria, hacerla parecer como la del cuadro que colgaba en el apartamento de Dominic. Soltó un leve suspiro. Años antes, cuando ella y Dominic eran pareja, solía pedirle que pasaran por allí en el coche, sólo para contemplar la destartalada mansión.

—Me gustaría ir a dar un paseo por allí esta tarde —comentó Madeline.

Aquello le daría algo que hacer. Aquella última semana le había parecido interminable. Interminable... interminable...

—¿Ya echas de menos a Perry? —comentó su padre.

Perry había vuelto a Boston dos días antes, sin tratar siquiera de ocultar que Madeline le había decepcionado.

—Ni siquiera opusiste la menor resistencia —la había acusado él—. Lo único que ha tenido que hacer fue chasquear el dedo y allá fuiste corriendo —la había visto salir a caballo aquella mañana nublada y la había oído volver horas después—. ¿Qué tiene ese hombre para atraerte así?

Aunque no se lo había dicho a Perry, era consciente de que Dominic tenía su corazón.

—Perry y yo sólo somos amigos, papi —dijo con cierta irritación—. Buenos amigos, eso es todo.

—Entonces quizá lo que echas de menos es a Boston —decidió su padre, observándola con expresión pensativa—. Porque parece que no eres muy feliz aquí.

Louise se puso de pie y dejó el salón con Nina.

—Estoy bien —dijo Madeline—. No es Boston, ni es Perry —aseguró—. Lo que siento es... —¿qué era lo que sentía?, se preguntó desolada.

Era eso, comprendió con una mueca de pesar. Estaba desolada. Se sentía triste y

desolada, e incapaz de hacer nada para remediarlo.

—¿Sabes lo que necesitas? —dijo su padre—. Algo que hacer. En Boston trabajabas en ese lugar de diseño interior donde Dee suele derrochar su dinero... ¿cómo se llama?

—Shackles —aportó su hija con una leve sonrisa ante la expresión adusta de su padre. Sabía que a su padre no le disgustaba aquel trabajo, sino que hubiera sido Dee y no él el que se lo había conseguido.

—Estúpido nombre para una tienda —gruñó él—. Pero no hay ninguna razón por la que no puedas encontrar algo parecido aquí... o hasta algo mejor —añadió, apoyándose contra el respaldo de su asiento con evidente entusiasmo—. Podríamos ponerte tu propio negocio de diseño interior aquí mismo en Lambourn... o en Reading si prefieres.

Madeline sacudió la cabeza con aire de disculpa.

—Hace falta un título para abrir un negocio como ese, papá. No estoy preparada para abrir mi propia tienda.

—Sólo porque dejaste de ir a la escuela de arte por culpa de Dominic Stanton —dijo Edward—. ¡Pero eso no quiere decir que no tengas capacidad para hacer el trabajo! Además, si a eso vamos, podrías volver a la universidad y sacar ahora tu licenciatura. ¿Por qué no? No serías la única persona que va a la universidad a tu edad. ¿Por qué no? ¡No hay nada que te lo impida!

Nada en absoluto, tuvo que admitir Madeline desviando la mirada para que él no pudiera ver la tristeza reflejada en sus facciones cuando sus pensamientos volvieron inevitablemente hacia Dominic.

—Ya lo pensaré. Después de la boda.

—Maddie, hija... —su padre se levantó de su silla y se acercó a ella—. ¿Se trata todavía de Dominic? —preguntó con enorme delicadeza.

Madeline no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas.

—Creo que todos fuimos culpables de vuestro fracaso. Os presionamos mucho para fomentar vuestra relación. Louise me lo advirtió; nos advirtió a todos que os dejáramos en paz y os diéramos tiempo para conocer vuestros sentimientos. Pero nosotros... James Stanton y yo... fuimos tan...

—Papi —Madeline se volvió y le puso un dedo en los labios para que se callara—. Por favor, no. Te quiero, pero, por favor... no.

Edward suspiró y luego la abrazó.

—Ve a dar un paseo. Eso te ayudará a aclarar tus pensamientos.

Madeline estaba poniéndose la cazadora cuando comenzó a sonar el teléfono en el estudio. Edward asomó la cabeza por la puerta del estudio.

—Oh. Estás aquí todavía. Es... para ti —le informó en tono gruñón—. Es Dominic.

Madeline se dirigió al estudio arrastrando los pies. Cerró la puerta y se quedó mirando un momento el auricular que estaba descolgado sobre el escritorio de su padre.

Con mano temblorosa lo levantó y se lo llevó al oído.

—Hola —murmuró.

Hubo una pausa, como si Dominic ya no estuviera seguro de querer hablar con ella.

—¿Dominic? —susurró, mordiéndose el labio inferior para obligarse a no suplicar que no colgara. Estaba temblando de pies a cabeza y apenas podía respirar.

—Quiero verte —dijo él por fin—. He estado fuera. Hace sólo una hora que he vuelto, si no habría llamado antes. ¿Quieres que nos veamos esta tarde?

—En... en realidad iba a salir en este momento —dijo ella en un hilo de voz.

—Me he enterado de que Linburgh ha vuelto a Boston —dijo Dominic.

—Así es —dijo Madeline.

—¿Piensa volver?

—Pues... yo... —frunció el ceño—. No hasta la boda de Nina... pero no sé qué tiene que ver eso con...

—Yo diría que tiene mucho que ver. Tengo algo para ti, algo que te prometí alguna vez. ¿Nos vemos, Madeline?

—¿Dónde? —preguntó.

—¿Ibas ahora a algún sitio en particular?

—Sólo a dar un paseo —dijo ella—. Iba a ver la finca Courtney. Mi padre me ha dicho que están arreglando la casa y quería ir a echarle una última mirada antes de que cambie.

—Todavía no ha empezado la época de ir a robar manzanas, ¿no crees? —murmuró Dominic con una sonrisa.

A pesar de su tensión, Madeline tuvo que sonreír. Cuando era una adolescente, encontraba muy emocionante hacer incursiones subrepticias al huerto del anciano militar para robar manzanas.

—Tú, claro, nunca has sido joven —se burló de su interlocutor con seco humor.

—Alguna vez —confesó él con nostalgia—. Hace mucho, mucho tiempo antes de que una bruja de ojos seductores lanzara un hechizo sobre mí y me convirtiera en un anciano.

—¿Tienes idea de quién ha comprado la casa? —le preguntó Madeline.

—No he hablado con la gente del pueblo —respondió él—. ¿Vas a salir en coche o a caballo?

—Pensaba ir andando.

Pensó que estaba dando demasiados datos sobre su estado de ánimo. El día era frío y soplaban vientos del norte que sin duda llevarían lluvia. Y Dominic podría deducir que había decidido pasear para enfrentarse a los impredecibles elementos.

—Entonces te veré allí dentro de una hora más o menos —dijo él y colgó.

Madeline se quedó mirando el aparato, preguntándose qué diantres estaba haciendo al aceptar encontrarse con él. Pero cuando se volvió y vio su imagen reflejada en el espejo que colgaba encima de la chimenea, supo por qué había accedido. La respuesta estaba en su rostro, radiando como un faro para el que quisiera verlo. Los ojos le brillaban, su boca estaba curvada en una involuntaria sonrisa y ella se sentía feliz, viva por primera vez en más de una semana. Y todo por que iba a encontrarse con

él.

Cuando llegó al camino particular de la finca Courtney la joven se detuvo para contemplar la vieja casona. Como su padre le había dicho, habían cambiado el tejado y la fachada ya no mostraba la pátina amarillo grisácea de los años y el abandono. También habían vuelto a alinear los ladrillos y a enderezar las chimeneas. Madeline ladeó la cabeza en un esfuerzo por volverlas a ver como las recordaba.

—Hubo una vez un viejo torcido que compró una casa torcida —se dijo en un murmullo, recordando que solía cantarle esa cancioncilla a Dominic.

Una ráfaga de viento se alzó de repente. Alzó la mirada y creyó vislumbrar una cara en una ventana. Pero no había nadie. Volvió a recorrer con la mirada las ventanas del piso de arriba. Definitivamente, no había nadie.

Se encogió de hombros y comenzó a avanzar por el camino particular, contemplando con un secreto regocijo que nunca se había podido explicar las ventanas de la casa. El porche estaba recién pintado de negro; por la maquinaria que allí había, era evidente que todavía no habían terminado los trabajos pesados de la casa.

Hundió las manos en los bolsillos de su cazadora, se acercó hasta pararse ante el porche y miró la casa con curiosidad antes de decidir que, puesto que ya estaba allí, no habría inconveniente en echar un vistazo dentro.

Rodeó lentamente la casa, deteniéndose a mirar por cada ventana. Cuando llegó al huerto, comprobó que estaba tan descuidado como hacía cuatro años.

El viejo garaje y el establo permanecían casi igual que antes y, a juzgar por los gruesos candados en las puertas, la joven dedujo que los constructores estaban usando esos edificios para guardar las herramientas y el material.

La puerta trasera era grande y vieja, los escalones que conducían a ella estaban muy destartalados. Las ventanas de allí estaban demasiado altas para que pudiera asomarse, de modo que después de una nostálgica contemplación de la parte trasera de la casa, volvió hacia la puerta principal.

—Abre la puerta si quieres. No tiene pestillo.

Madeline lanzó un grito de susto y un escalofrío le recorrió la espalda mientras se volvía a mirar hacia el lugar del que procedía la voz.

Dominic estaba a unos cuantos metros de ella.

—¡Me has asustado! —protestó la joven furiosa.

—¿Creías que era el fantasma del mayor? —preguntó Dominic sonriendo de oreja a oreja y sin inmutarse por la ira de la joven.

—¿De dónde vienes? —preguntó ella, mirando a su alrededor buscando su coche.

—No está aquí —murmuró él.

Cuando volvió a mirar a Dominic, Madeline se dio cuenta de que no llevaba ningún abrigo. De hecho, sólo unos pantalones negros y una camisa blanca. De pronto, comprendió lo que eso significaba.

—Eres... ¿tú...? ¿Eres tú el que ha comprado esta casa? —logró balbucir.

Dominic le ofreció una sonrisilla burlona y se volvió a mirar la fachada de su reciente adquisición.

—Parece que va a llover —murmuró Dominic de repente, volviéndose otra vez hacia ella—. Te enseñaré la casa.

Una fugaz visión de lo que había ocurrido la última vez que habían estado juntos acudió a la mente de la joven, haciéndola estremecerse, y tuvo que cerrar los ojos ante la violenta oleada de sensaciones que la invadió.

—Vamos —Dominic se acercó a ella y la tomó del brazo con suavidad—. Vamos —repitió.

Entraron juntos, Dominic se apartó un poco para poder cerrar la puerta.

Enfrentada al súbito silencio, Madeline permaneció inmóvil, con el brazo de Dominic ciñéndole los hombros.

Estaban en un vestíbulo grande y cuadrado que alguna vez debía haber sido el salón principal de la casa; una familia del siglo dieciocho, debía haber estado allí sentada para disfrutar del fuego de la chimenea y de una amable conversación después de una opípara cena.

Y Madeline supo que si cerraba los ojos podría convocar los espectros de caballeros rijosos y fanfarrones y damas ataviadas en terciopelo y armiño charlando y riendo; le parecía oír sus voces resonando contra las paredes de piedra.

—Allí atrás había un candelabro de cristal —dijo Dominic, al ver cómo miraba Madeline las vigas ennegrecidas por el tiempo que cruzaban el techo mal enyesado—. Estaba tan lleno de polvo que no sabíamos el tesoro que teníamos hasta que lo bajamos. Ahora lo están limpiado y restaurando. Hemos descubierto varios tesoros bajo un polvo de siglos.

—Pobre mayor —murmuró Madeline con tristeza—. ¿Cómo podía vivir en semejante suciedad?

—Por pura terquedad, supongo —dijo Dominic con una leve sonrisa—. Aunque, en realidad, los únicos cuartos que él usaba estaban impecables. La biblioteca, por ejemplo —se apartó de Madeline para ir a abrir una puerta a su izquierda—. Parecía vivir, comer y dormir aquí, estudiando sus viejos libros y documentos.

—Pero, ¿por qué la familia del mayor no sacó de aquí todo lo valioso antes de vender la casa? —preguntó la joven.

Dominic se encogió de hombros.

—Les ofrecí un buen precio por todo —dijo—. Son un montón de imbéciles —añadió con desdén—. Con razón el mayor no quería saber nada de ellos. No tenían el menor interés por el anciano ni sus pertenencias. Y lo único que querían era el mejor precio que pudieran obtener para quitarse la casa de encima. Tanto mejor para mí. Salí ganando.

—Habla en banquero despiadado.

—Habla el hombre que aborrece el abandono, ya sea de un ser humano o sus posesiones. Cuando termine de restaurarlo, este lugar se verá tal como habría estado si no se hubiera dejado que el viejo y su casa se deterioraran.

—Y supongo que disfrutarás llenándola con todas esas raras y maravillosas curiosidades que has coleccionado durante toda tu vida.

Dominic sonrió.

—Por supuesto. Esta casa es el lugar ideal para ellas, ¿no crees? Vamos —le tomó la mano—. Te enseñaré el resto de la casa.

La mansión era más grande de lo que parecía desde fuera. Todavía faltaba mucho por restaurar en el piso inferior, pero al subir al primero, Madeline pudo ver que estaba casi listo para ser habitado.

—Hemos estado trabajando de arriba para abajo —le explicó Dominic—. Y los trabajadores terminaron este piso hace una semana —abrió una de las puertas y entró a un cuarto—. Aunque este es el único cuarto completamente restaurado. La habitación señorial —anunció con una reverencia de broma.

—¡Oh! —exclamó Madeline con asombro.

En el centro de la habitación había una cama isabelina con dosel y cortinas de brocado color plata y rosa oscuro. Era enorme, exuberante y lujosa. El colchón estaba cubierto por una colcha de los mismos tonos. Madeline apartó la mirada para ir a posarla a la chimenea que ocupaba casi toda la pared de enfrente.

También había en el cuarto dos sillones de aspecto muy cómodo a ambos lados de la chimenea, tapizados con el mismo brocado de las cortinas.

—Bien —la instó Dominic—. ¿Qué opinas?

¿Qué podía opinar? A Madeline se le hizo un nudo en la garganta. Era un cuarto bonito. Pero también era una habitación tan obviamente diseñada para ser compartida con una mujer que la joven tuvo que desviar la mirada para que Dominic no viera las lágrimas que empañaban sus ojos.

Se hizo un tenso silencio entre ellos. Incapaz de seguir soportándolo, Madeline se volvió hacia la ventana y entonces lo vio. El cuadro con el marco dorado que había visto en el apartamento de Dominic estaba encima de la chimenea. Madeline se quedó paralizada un momento y luego se estremeció.

—Una vez te prometí regalarte esto, ¿recuerdas? —Dominic se acercó a ella—. El cuadro hace poco y la casa hace mucho, mucho tiempo, cuando tus sueños eran... pues, sólo sueños y yo disfrutaba compartiéndolos contigo. Bien... —estaba detrás de ella y le puso las manos sobre los hombros—. El cuadro, la casa, son tuyos, Madeline. Es mi regalo.

—¡Oh, Dominic! —suspiró la joven—. No puedo aceptarlo...

Dominic la abrazó entonces con fuerza.

—Una vez, hace mucho tiempo —murmuró con emoción—, una hermosa y encantadora criatura a la que amaba se me ofreció con toda la pasión de su naturaleza amorosa y yo, como un imbécil, la rechacé.

Madeline se llevó una mano a la boca para sofocar un sollozo y Dominic dejó escapar un suspiro.

—¡Dios mío, qué impetuosa eras entonces! —recordó—. Y yo te deseaba con tal desesperación que tenía que hacer un esfuerzo casi sobrehumano para no dejar que las cosas se salieran de control —Dominic le dio un beso en la mejilla—. Eras tan joven entonces, mi amor. Y todo el mundo me decía continuamente que era muy afortunado, y

preguntándome en broma cómo iba a poder controlar a una criatura salvaje. ¡Nadie se ocupó de preguntar cómo iba a controlarme a mí mismo! ¡Me bastaba mirarte para que se me acelerara el corazón!

—Dominic... —Madeline trató de interrumpirlo.

—Déjame decírtelo todo. Te necesitaba tanto que el deseo me dolía. Pero allí estaban ellos, toda esa gente interesada y complacida, recordándome lo joven que eras, aconsejándome que te cuidara, que recordara tu dulce inocencia, advirtiéndome que no estropeara tu magnífico espíritu tan pronto —suspiró—. Y luego estaban los otros, los que cuestionaban la sensatez de casarme con una chica tan joven y tan impetuosa. Los que dudaban que tuvieras suficiente edad para saber lo que sentías verdaderamente por mí. Y me hicieron preguntarme a mí mismo con angustia si era justo encerrarte en un matrimonio cuando apenas habías disfrutado la vida para estar segura de lo que querías de ella... o de mí.

—Yo lo sabía —murmuró ella.

—Yo podía haber sido sólo otra nueva y excitante experiencia para ti. Comencé a temer que una vez que te enseñara todo lo que podía enseñar respecto al amor necesitaras buscar algo nuevo que pudiera satisfacer tu espíritu inquieto... Lo que quiero decirte es que no me atrevía a hacer el amor contigo antes de casarnos porque temía que eso significara perderte.

—No confiabas en mi amor.

—No.

—Y por eso me perdiste.

—Sí —la hizo volverse para que lo mirara de frente—. Bien, ahora las cartas están encima de la mesa y me toca a mí hacerte una proposición y tu oportunidad de rechazarla. Si te beso ahora y te llevo a esa enorme cama con la intención de hacer el amor contigo, ¿me lo permitirías?

Dominic la miraba con una intensidad que le indicaba la seriedad con la que hacía la proposición, sin embargo ella vacilaba. La Madeline de antes ya le estaría abrazando y besando. Pero aquella nueva Madeline rara vez se lanzaba a hacer algo sin tener plena certeza de los resultados.

—Me deseas, sabes que me deseas —susurró Dominic—. Los dos somos cuatro años más viejos y si esos cuatro años me han enseñado algo aparte de la soledad y la desdicha y el desprecio por mí mismo, me han enseñado también que el amor, el verdadero amor, sobrevive al tiempo. Te amo, Madeline. Creo que siempre te he amado. Y sé que siempre te amaré.

La voz se le quebró y Madeline tembló.

—¡Oh, Dominic! ¡Te he echado tanto de menos!

—Gracias a Dios —él la abrazó con ternura.

Se fundieron en un beso y a los pocos minutos se perdieron el uno en el otro. La fuerza de su deseo los llevó al enorme lecho.

Cuando Dominic la tumbó con suavidad en la cama para recostarse luego a su lado, los dos estaban desnudos y trémulos de pasión. Cuando ambos, enardecidos y

empapados en el sudor del amor estuvieron listos para fundirse, Dominic se apartó un poco y le tomó el rostro entre las manos para mirarla a los ojos.

—Dolor y placer, Madeline. Así tiene que ser.

—¿Sabes que no he...?

—No habrías podido, mi amor. No habrías podido. Nos pertenecemos.

Dominic acalló con la boca el suave grito de dolor que escapó de los labios de Madeline, manteniéndose inmóvil hasta que sintió que la tensión iba amainando en ella, luego comenzó a moverse con vehemencia, con toda la fuerza de la pasión compartida. Ambos se sumieron en un universo de insuperable placer.

Capítulo 11

Madeline estaba asomada a la ventana, mirando la lluvia azotando los cristales.

Dominic yacía mirándola desde la cama, cubierto por la sábana. Disfrutaba perezosamente del cuadro que Madeline presentaba, vestida sólo con su camisa.

—¿Hay algo interesante afuera? —preguntó Dominic después de un rato de contemplación.

—Lluvia, lluvia y más lluvia —suspiró la joven sin volverse—. Espero que el tiempo mejore para el día de la boda de Nina.

—Mejorará —vaticinó Dominic con optimismo—. Vuelve aquí, Madeline —le tendió la mano—. Te echo de menos.

Madeline titubeó un instante antes de ir a acurrucarse contra él.

—Te amo —susurró él.

—Lo sé —le besó en la garganta, pero en su voz se reflejaba cierta melancolía.

—¡Eh! —Dominic alzó la cabeza para mirarla con el ceño fruncido—. ¿Qué pasa? ¿Sucede algo malo, Madeline?

—Quisiera... quisiera... ¡Oh, Dominic! —suspiró la joven—. ¡No quiero dejarte nunca más! No quiero irme de esta casa, de este cuarto... no quiero que toda esa gente de afuera vuelva a arruinar nuestro amor!

—No lo harán —le aseguró su amante—. No los dejaremos acercarse a nosotros si tú no quieres —reiteró con firmeza.

—Pero lo sabrán. Lo tienen que saber y entonces empezará todo otra vez. Los comentarios intencionados, las bromas, los consejos no pedidos. Cuestionarán tu cordura al volverme a aceptar y me advertirán que no vuelva a cometer los mismos errores. Y... y luego comenzaremos a pelear en lugar de amarnos y todo se estropeará.

—No, no será así. Porque no dejaremos que suceda. ¡Escúchame! Nos casaremos. Ahora, mañana, en cuanto sea posible. Nos casaremos y nos encerraremos en esta casa donde nadie se meterá con nosotros.

—¿Casarnos? ¿Quieres decir que quieres casarte conmigo... de verdad?

—¡Por supuesto que me quiero casar contigo, tontita! —gruñó él.

—No tienes que hacerlo, ¿sabes? Estaría encantada de ser tu amante. De hecho

me parece muy excitante la idea de ser la amante secreta de un hombre.

—Si piensas que voy a aceptar de ti algo menos que matrimonio, más vale que lo pienses otra vez. ¡Y deja de sonreír de esa manera! —gruñó.

—¿De qué manera?

—¡Como si acabaras de hacer una travesura!

—Te amo, Dominic —ronroneó ella.

—Dios mío. Debo estar loco para enamorarme de una pequeña bruja juguetona como tú.

—Te amo —repitió ella y le cubrió el rostro de besos—. Te amo... te amo... te amo.

—Bruja —murmuró él—. Hechicera. Creía que la nueva Madeline no recurriría al sensacionalismo.

—Y no lo hace.

—Y entonces, ¿qué significa esa escenita que acabas de hacer si no puro sensacionalismo al estilo de la otra Madeline?

—¿Quién es la nueva Madeline?

—Oh, Dios —Dominic se echó hacia atrás—. No me digas... la nueva Madeline se ha perdido en el olvido.

—¿Quién?

—La... —Dominic volvió a gruñir—. Casi caigo en la trampa —sonrió.

—Toma —susurró ella, inclinándose sobre él—. Quiero que caigas en mi trampa —y volvió a llenarle la cara de besos.

Ya oscurecía cuando volvieron a la realidad.

—¡Dios mío! ¿Qué hora es? —Madeline se incorporó de repente.

—¿La hora? —murmuró Dominic—. ¿Para qué quieres saber la hora? No vamos a ir a ninguna parte.

—¡Tengo que ir a casa! —protestó la joven—.Estarán preocupados por mí. ¡Le dije a mi padre que sólo iba a estar fuera un par de horas! —quiso incorporarse otra vez pero Dominic la retuvo—. Si no vuelvo organizará una partida de búsqueda...

—No lo hará. He llamado por teléfono a tu casa poco después de que salieras y he hablado con tu padre. Le he dicho que iba a invitarte a cenar y que no te esperaran hasta tarde.

—¿Y el qué ha dicho? —quiso saber Madeline.

—Me ha dicho que más me valía no volver a herir a su hija una segunda vez. Y yo le he dicho que esperaba convencerla de que sólo quería amarla... luego lo he invitado a almorzar la próxima semana para discutir el asunto del apoyo financiero que necesita y...

—Eh —lo interrumpió ella—. ¿Qué le has dicho exactamente?

Con expresión preocupada, Madeline se levantó de la cama. Al cabo de unos segundos, Dominic la siguió y la estrechó en sus brazos.

—Madeline —murmuró—. Le he dicho a tu padre que todavía te amo y que creía que tú también me amabas. Le he dicho que me aferraría a esa esperanza hasta que los

dos estuviéramos seguros y también que no quiero interferencias de nadie. Creo que me ha entendido —hizo una mueca—. Porque, aparte de la primera advertencia, no ha intentado disuadirme. Luego le he preguntado si ya había encontrado quien financiara sus nuevas ideas y cuando ha dicho que no, lo he invitado a que almorzara conmigo la próxima semana para hablar al respecto. La conversación ha terminado en términos bastante amistosos aunque algo reservados. Pero creo que ya sabe como están las cosas f entre tú y yo.

—Antes de que saliera esta mañana me ha preguntado si todavía estaba sufriendo por ti.

—¿Y qué le has dicho?

—Nada. No podía mentir y no sabía la verdad. •Todavía me sentía dolida... por lo del cobertizo del astillero.

—Lo siento. Fui allí con buenas intenciones, ipero antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando se había salido de control y me encontré con una mujer hermosa, deseable y muy excitada en mis brazos. Viejos recuerdos me impidieron hacer el amor contigo como es debido, pero supe que sería poco menos que una tortura dejarte suspendida en ese estado de frustración.

—¿Y qué me dices de tu propia frustración? Dominic se encogió de hombros, como si eso no tuviera importancia.

—No era algo nuevo para mí y podía controlarlo. En todo caso —le puso un dedo bajo la barbilla y le alzó la cara para poder mirarla a los ojos—. Yo quería que perdieras el control. En ese momento significaba más para mí que mi propia satisfacción. Era como corroborar que eras mía. Necesitaba verte alcanzar un clímax con mis caricias.

—¿Y no se te ocurrió pensar que yo podía desear... necesitar la misma respuesta en ti?

—No se me ocurrió hasta que me lo dijiste y entonces me avergoncé de mí mismo, porque a los dieciocho años, ya me habías mostrado con tu desdén lo inadecuado de mi respuesta ante lo que realmente existía entre nosotros. El amor.

—¿Y ahora qué? —hundió la cabeza en su hombro, todavía inquieta por las incertidumbres del futuro.

—Ahora confía en mí, ¿quieres?

El día de la boda de Nina fue brillante y soleado. Fiel a su naturaleza, abril había dejado que mayo llegara esplendoroso.

Madeline se levantó de la cama y se estiró perezosamente. Las últimas semanas había estado sumida en una tensión casi intolerable, en parte por el ajetreo de los preparativos de la boda, en parte por su esfuerzo de mantener en secreto su relación con Dominic.

—No quiero hacerle la menor sombra a Nina —le había dicho a Dominic—. Es su día y no quiero que los rumores sobre nosotros se lo echen a perder.

—Estoy de acuerdo —había accedido él—. De hecho, me gusta eso de tener una

aventura clandestina contigo. Naciste para hacer cosas que escandalizan y en este momento desearía hacer las cosas más escandalosas que cruzan por mi imaginación, pero supongo que no podemos.

—Supones bien —estaban, después de todo, bailando como debieran hacerlo unos amigos rodeados de oídos y ojos avizores.

Aquello ocurrió durante la gran cena que Louise y el padre de Madeline habían celebrado para amigos y familiares. Todos los Stanton habían acudido, visitando la casa de los Gilburn por primera vez como amigos desde hacía cuatro años. Madeline vio a Dominic y a Edward escabullirse en el estudio a media velada y los dos salieron después sonriendo.

—Ha firmado —anunció Dominic con aire triunfal en cuanto pudo hablar más tarde con Madeline—. Seremos socios a partes iguales en esto... espero que su olfato para los negocios no le haya fallado esta vez. ¡Me hundiría con él!

—¿Es tan grande el riesgo?

—Mi amor, todo lo referente a tu padre es un gran riesgo... y el más grande es su querida hija.

—Ya me pagarás esta —lo amonestó la joven.

—Esperaré con ansias el castigo —murmuró él y sus ojos brillaron de una manera que la hizo ruborizarse, de modo que se apartó de él con cierto fastidio.

Perry llegó la última noche poco antes de que comenzaran a llegar los invitados, con Forman, que participaba en un muy cauteloso flirteo con Vicky.

En cuanto Perry se encontró con Madeline le dijo entre dientes:

—¡Dios, voy a matarlo!

Sonrojándose, ella le dio un fuerte abrazo a su amigo.

—¡Es maravilloso! —susurró—. ¡Pero es un secreto, no se lo digas a nadie!

—¿Están ciegos todos aquí? —se burló Perry.

—¿Y tú y Cristina? —preguntó Madeline, buscando en los ojos de su amigo el mismo destello que iluminaban los de ella. Pero no lo encontró.

—En realidad es curioso —dijo él con aire melancólico—. Fui a verla, decidido a arreglar las cosas con ella y me bastó una mirada para darme cuenta de lo hueca, mimada y egoísta que es y me dije: ¡Vaya, Linburgh, de la que te has escapado!

Madeline soltó una carcajada.

—¿Qué hiciste? —preguntó con ojos brillantes de curiosidad.

—Me largué de allí lo más rápido que pude.

—Ven —su amiga lo tomó del brazo—. Lo que necesitas es una copa y compañía para confortar tu espíritu abatido —y lo condujo a la sala donde estaba congregada su familia.

—Me gusta la idea. Con tal de que no haya allí mujeres ansiosas dispuestas a echarme el guante. Por el momento no quiero saber nada de mujeres.

Pero su supuesta aversión no se manifestó durante la velada. Cada vez que Madeline lo miraba, Perry estaba fascinando a alguna y otra incauta, sin reparar en edad o belleza.

Madeline hizo a un lado los recuerdos, se levantó y se asomó a la ventana. Iba a ser un día ajetreado, pero al menos cuando terminara podría relajarse. Ella y Dominic se podrían relajar.

Dominic. Le bastaba pensar su nombre para estremecerse.

Aquellas últimas semanas habían sido las más apasionadas y maravillosas de su vida.

Hacia las once podría haberse cortado con tijeras la tensión en casa de los Gilburn. Vicky había llegado con su habitual aleteo de energía, dirigiendo una mirada furiosa a Forman Goulding, que al igual que Perry, hacía todo lo posible por pasar inadvertido.

—¿Habéis discutido? —le preguntó Madeline a su amiga cuando las dos estuvieron arriba.

—El muy estúpido me ha acusado de estar flirteando con Perry —dijo su amiga con un mohín.

—Oh —murmuró Madeline—. Y supongo que no habrás hecho tal cosa, ¿verdad?

—Por supuesto que... sí —admitió Vicky—. ¡Pero Perry estaba coqueteando con casi todo lo que llevara falda, no sé con qué derecho Forman iba a negarme mi turno!

—No tenía ningún derecho —dijo su amiga con retintín irónico.

—No te burles. Ya he visto como te le quedas mirando a mi hermano cuando crees que nadie te ve.

—¿Y cómo me mira él?

—Se le cae la baba —Vicky se encogió de hombros. Sospechaba que ambos sostenían una relación secreta y le molestaba que no le hubieran confiado nada—. Espero que estéis satisfechos—añadió malhumorada.

—Claro que lo estamos —murmuró Madeline con una suave sonrisa.

—¿Y qué se supone que quieres decir con eso?

—Madeline, ¿podrías venir a ayudarme con esta maldita corbata? —para alivio de Madeline, su padre se asomó por la puerta de su cuarto, con la cara roja de impaciencia—. ¿De qué sirve tener una esposa si nunca está cuando uno la necesita?—masculló—. Ah, hola Vicky. ¿Ha recibido tu padre la revista que le mandé?

—Sí, gracias, tío Edward. Ha dicho que el artículo era excelente.

—Hm, bien... entonces, ¿me ayudas con la maldita corbata, Madeline?

Louise perdió su calma habitual exactamente diez minutos antes de que llegara el coche que debía llevarla a la iglesia, acompañada de Perry y Forman.

Lo que causó su nerviosismo fue ver a Nina ataviada con su traje de boda. Cuando comenzó a sollozar, Madeline la condujo de inmediato fuera del cuarto para que no pusiera nerviosa a Nina, que hasta entonces había mostrado una asombrosa tranquilidad.

—¡Parece un ángel! —sollozó Louise—. ¡Un tierno angelito!

—Y lo es —dijo Madeline en tono apaciguador.

—¿Y si Charles cambia de parecer? —chilló Louise en un acceso casi histérico—. ¿Y si no aparece en la iglesia y deja a mi hija...?

—¡No, Louise! —la interrumpió Madeline—. Sabes que eso no pasará. Lo más probable es que Charles haya acampado fuera de la iglesia desde las nueve de la mañana.

Louise soltó una carcajada y, contenta de ver que su madrastra recobraba el control, Madeline la condujo escaleras abajo y la entregó a su padre con un expresivo gesto.

—Bien —dijo cuando volvió al cuarto de Nina—. Todo bajo control...

El órgano de la iglesia dejó escapar las notas de la marcha nupcial y Nina avanzó del orgulloso brazo de Edward. Madeline caminaba detrás al lado de Vicky. Vio enseguida a Dominic, parado junto al pasillo. Se volvió a sonreír a Madeline en el momento en que Charles sonreía a Nina; cuando pasó a su lado, sus manos se rozaron y eso bastó para que la joven se sintiera invadida por un delicioso calorcillo que inundó de dicha su corazón.

—Hermanos, estamos reunidos aquí ante Dios Nuestro Señor...

La ceremonia comenzó y Madeline cerró los ojos; escuchaba las palabras y repetía en silencios los votos, como si aquel fuera el día de su boda y pensando que ella y Dominic eran quienes estaban frente al altar para recibir la bendición de Dios.

Largas horas después, Dominic se le acercó por detrás y la agarró por la cintura, atrayéndola con suavidad contra él.

—¿Cuánto falta para que podamos irnos de aquí?

Madeline le atrapó las manos.

—No mucho. Se supone que Nina debe ir a cambiarse. Cuando los recién casados se vayan, nos escaparemos. Tengo muchas ganas de estar a solas contigo.

Dominic la estrechó con más fuerza.

—Yo también —murmuró con voz ronca—. Ya estoy harto de este secreto. Hoy estás tan guapa que me han entrado ganas de gritar en la iglesia que eras mía. Te amo, Madeline.

—No, Dominic —suplicó ella, mirando nerviosa a su alrededor para ver si estaban siendo observados. Pero la atención de todos estaba fija en la novia y el novio que bailaban su último baile antes de dejar la fiesta.

—¿Recuerdas la última vez que estuvimos juntos en este salón? —murmuró Dominic—. Entraste por esa puerta, vestida con ese vestido color lima, con el pelo suelto sobre los hombros y los ojos enormes y asustados... ¡Estabas tan guapa, tan trágicamente hermosa!

Louise y su esposo habían decidido celebrar la recepción en el club de campo porque estaba mejor equipado para recibir a los cientos de invitados. Madeline recordó aquella noche fatídica y soltó un suspiro.

—Estabas enfadado conmigo —sonrió con cierta tristeza y se estrechó más contra él.

—Esa noche sentía muchas cosas, Madeline —dijo Dominic—. Estaba enfadado, sí, pero también carcomido por los celos, asustado por lo que estaba sucediendo entre

nosotros... y tan fascinado por ti que no pude controlarme. Quizá si lo hubiera hecho, las cosas no se habrían desbocado. Cuando te llevé a la pista de baile, era incapaz de controlar mis sentimientos.

—Esa noche hicimos una escena horrible.

—Así es. Creo que nunca me he sentido tan avergonzado como después de aquello —dijo Dominic con aire sombrío—. Pero allí estabas, una trágica figura a mis pies... ¡maldita sea, Madeline, podía haber jurado que te estabas burlando de mí!

—Me estaba burlando —dijo apartándose de él—. Mira, Nina está a punto de ir a cambiarse. Será mejor que me...

—¿Qué es eso de que te estabas burlando? —Dominic la tomó de la muñeca para impedirle que se fuera.

Madeline se volvió con una enorme sonrisa.

—¿Pensabas que iba a dejar sin venganza los insultos que me lanzaste? Confía en tus instintos en lo que a mí respecta, querido. Invariablemente aciertan.

—¡Te burlabas de mí!

—Por supuesto —dijo ella con sonrisa burlona—. Nos vemos luego.

—Entonces, ¿por qué huiste a Boston después? —no estaba dispuesto a dejarla marcharse hasta que le hubiera contado todo.

Madeline lo miró con expresión pensativa. Estaba enfadado con ella. Se suponía que esa noche era especial. Era su noche... su noche secreta.

—Porque sabía que no me ibas a perdonar aquella última travesura —dijo con voz baja y suave—. Era demasiado, incluso para ser una travesura de Madeline. Me dijiste que creciera, que madurara, ¿no? De modo que para eso me fui, para madurar. Y he madurado.

—¡Pero yo ya te había perdonado a la mañana siguiente! ¡Era a mí mismo al que no me podía perdonar!

Sin que ninguno de los dos se diera cuenta de ello, Dominic había alzado la voz y varias cabezas se habían vuelto hacia ellos con curiosidad, esperando otra de las escenas de Gilburn y Stanton.

Entonces Madeline oyó que alguien gemía.

—¡Oh, no! —reconoció la voz lastimera de Vicky.

Madeline le dirigió una mirada suplicante a Dominic.

—¿Dominic...?

Dominic volvió la mirada hacia el salón de repente silencioso, suspiró y volvió a mirar irónicamente a Madeline.

—Dime —murmuró sin inmutarse—. ¿Eres la nueva Madeline esta noche, o la de antes? A veces me resulta difícil reconocer la diferencia.

Madeline fingió considerar la pregunta antes de responder.

—Un poco de las dos, en realidad —decidió—. Las he sido ya desde hace varios días. Es como si se hubieran fundido, creo que todo empezó una oscura y lluviosa tarde hace unas dos semanas y desde entonces me cuesta trabajo separarlas.

Dominic rió.

—Bien, cualquiera que seas de las dos, creo mi deber advertirte que unos cuantos Stantons y Gilburns vienen hacia aquí —volvió a mirar por encima del hombro derecho de la joven antes de mirarla otra vez—. Creo que es la hora de la verdad, mi amor.

—¡Dios mío! Yo no quería que ocurriera esto, Dominic.

—Entonces ven aquí conmigo y déjame ocuparme de esto.

Cuando llegó a su lado, Edward Gilburn les miró a uno y a otro fijamente:

—¿Qué rayos creéis que estáis haciendo?

Madeline le ofreció una brillante sonrisa a la asustada Nina.

—Hola. ¿No deberías cambiarte ya? —luego sonrió a Charles—. Vais a perder el vuelo —todavía había una leve posibilidad de evitar un sermón.

Pero Perry se acercó al grupo, con expresión divertida.

—¿Algún problema? —preguntó con aire inocente.

—No si estos dos se mantienen en rincones separados del salón —murmuró Vicky, enfadada.

—Debes estar bromeando —rió Perry, bajando la mirada a las manos enlazadas de la pareja y luego miró a Madeline con expresión interrogante. Miró a Dominic, que sonreía a la joven con resignación. Ella miró a Perry, también con expresión de irónica derrota y todos miraron a la pareja—. Más vale que lo aclaréis todo.

—¿Aclarar qué? —preguntó Vicky con irritación e impaciencia.

—Pero éste es el día de Nina —le dijo Madeline a Perry.

—Y Nina ha tenido un día maravilloso, ¿verdad, querida? —preguntó Perry a la novia, que asintió en silencio. Perry miró con sorna a todo el grupo—. ¡Pero mirad sus manos, por todos los santos! —suspiró con impaciencia, mientras todos bajaban la mirada a las manos de los enamorados, que sonreían con triste resignación.

—Tenemos algo que anunciaros —dijo Dominic. Madeline se apretó más contra él, con las mejillas encendidas con una nueva y sorprendente timidez—. Madeline y yo... —hizo una segunda pausa—. Madeline y yo... —carraspeó, y su voz resonó orgullosa en el silencioso salón— nos casamos en secreto hace una semana.

El Ferrari negro se detuvo frente a la mansión Courtney y Dominic sacó las llaves y se volvió en su asiento para mirar a la mujer que estaba sentada junto a él. Ella bostezaba, apoyando la cabeza con fatiga contra el respaldo del asiento.

—Estamos en casa —anunció él con una amplia sonrisa.

—Hmm —Madeline esbozó una perezosa sonrisa—. Al menos al final no tuvimos que escabullimos.

Se suponía que Perry debería haber anunciado la noticia sobre su matrimonio después de que hubieran terminado las celebraciones y Dominic y Madeline habrían logrado escapar. Pero las cosas no habían resultado del todo así.

Dominic le acarició la mejilla a su esposa.

—Quizá haya sido mejor así —reflexionó él—. ¡Aunque hayamos logrado causar otro escándalo!

—Supongo que me echarán toda la culpa —se quejó Madeline—. ¡Cuando esta vez

toda la culpa ha sido tuya, Dominic Stanton! —por fin logró abrir los ojos para mirarlo con ojos centelleantes.

Él sonrió con indolencia.

—Lo siento. Prometo compensarte por ello.

—Ni siquiera hemos podido mantener en secreto esta casa —se lamentó la joven con un suspiro. Dominic miró a la casa iluminada por la luz de la luna. Seguía pareciendo una casa vieja y destartalada en cierta forma, a pesar de los trabajos de restauración.

Había sido el padre de Madeline el que al enterarse de que era Dominic el que había comprado la casa del mayor Courtney, había comentado después de dirigir un guiño travieso a su hija:

—Realmente debes amarla si le has comprado la casa de Courtney. Madeline siempre ha adorado ese curioso vejestorio.

Mientras los dos hombres se sonreían, todos los demás les habían mirado horrorizados.

—¿La mansión Courtney? ¿Vais a vivir en esa casa en ruinas?

—De todas formas lo habrían averiguado tarde o temprano —dijo Dominic—. Vamos —le palmeó con suavidad la mejilla—. Entremos.

Ya fuera del coche, Dominic le rodeó los hombros con un brazo mientras contemplaban la casa.

—Siento que no tengamos un fantasma residente. Realmente necesita uno.

—¿Y qué fantasma que se respete querría vivir en una casa llena de material de construcción? —comentó ella—. Probablemente se tomaron unas vacaciones mientras terminan los trabajos de restauración, pero ya volverán —dijo con su habitual optimismo y se volvió para mirar a su esposo—. Ya verás, en cuanto se haya ido el último de los trabajadores, nuestros fantasmas volverán... y te asustarán a ti, Dominic Stanton por haber seducido a una inocente doncella como yo.

Dominic la abrazó.

—Tú eres la única que me asusta —confesó con sonrisa entre pesarosa e irónica—. Eres el único fantasma que me ha rondado desde que lanzaste uno de tus malvados hechizos en mi propia piscina.

—¿Desde hace tanto? ¿Cómo has podido sobrevivir?

—Oh, no me importó. Solía dejar que tu fantasma viniera a mi casa todas las noches... y tú disfrutabas bastante. Creo que incluso echaré de menos tu fantasma ahora que tengo a la mujer en carne y hueso.

—¿Prefieres la fantasía a la realidad? —exclamó ella.

—Supongo que todo depende de cómo supere la mujer de verdad a su fantasma —dijo Dominic arrastrando las palabras—. Apenas he tenido tiempo de compararlas.

—Es culpa tuya —dijo ella—. Tú querías que nos casáramos de una manera tan poco convencional. De hecho, insististe en ello.

—¡Te deseaba! —gruñó Dominic—. Y esta vez no iba a arriesgarme. El tiempo, la gente y nuestras propia naturaleza empecinada fueron nuestros peores enemigos hace cuatro años. Esta vez estaba decidido a amarrarte antes de que nada ni nadie pudiera

susurrar siquiera una opinión. Pero... al ver a Nina caminar por el pasillo de la iglesia comprendí de lo que te había privado. No tenía derecho a apremiarte a esa boda civil; merecías el mismo ajetreo y...

Ella lo acalló cubriendo su boca con los dedos.

—Tuvimos una hermosa ceremonia —murmuró, con los ojos llenos de amor—. Sólo tú y yo prometiéndonos amor sin que nadie se entrometiera. No me siento privada de nada, mi amor... excepto de verme estrechada en tus brazos durante siete solitarias noches desde que nos casamos.

—Entonces tenemos que recuperar el tiempo perdido—. ¡Hagámoslo!

La gran puerta negra se abrió y se cerró cuando entraron. No encendieron ninguna luz; no las necesitaban. Su amor era lo único que hacía falta para alumbrar su camino.

Afuera la luna iluminaba la antigua casona y de repente ya no pareció un lugar viejo y ruinoso, sino la elegante mansión plasmada por el artista en la tela siglos atrás.

Michelle Reid - Escándalo y pasión (Harlequín by Mariquiña)